



La enfermedad mortal **S. Kierkegaard**

SARPE, S.A., 1984

PRÓLOGO

Todo conocimiento cristiano, sea lo rigurosa que quiera su forma de expresarse, ha de ser en sí mismo algo preocupado; ya que esta preocupación constituye cabalmente lo edificante. La inquietud es la relación con la vida, con la realidad de la persona, y consiguientemente, en el sentido cristiano, es la seriedad. La fría superioridad de la ciencia dista mucho, cristianamente, de ser la seriedad; al revés, en el sentido cristiano, no es más que broma y vanidad. Ahora bien, la seriedad es a su vez edificante. (p. 28)

INTRODUCCIÓN

... No, no es porque Lázaro resucitase de entre los muertos por lo que se puede afirmar que esa enfermedad no es normal, sino por el hecho de que Cristo exista. Pues hablando humanamente la muerte no es el lo último de todo y sólo cabe abrigar esperanzas mientras se vive. En cambio, entendiendo las cosas cristianamente, la muerte no es en modo alguno el fin de todo, sino solamente un sencillo episodio incluido en la totalidad de una vida eterna; y, según ese mismo sentido cristiano, en la muerte caben infinitamente muchas más esperanzas que en lo que los hombres llaman vida, por mucho que ésta sea plena de salud y fuerzas.

[...]

El cristianismo es el que ha enseñado al cristiano a pensar de manera tan altamente animosa sobre todas las cosas terrenas y mundanas, incluida la misma muerte. Casi como para que el cristiano se envalentone con esta soberbia elevación sobre todo lo que los hombres llaman de ordinario desgracias, sobre todo lo que los hombres llaman de ordinario el peor de los males. Pero, por contrapartida, el cristianismo ha descubierto una miseria que ignora el hombre en cuanto tal; esta miseria es la de la enfermedad mortal... (pp 29-30)

PRIMERA PARTE: La enfermedad mortal es la desesperación.

LIBRO PRIMERO: Que la desesperación es la enfermedad mortal.

Capítulo I: La desesperación es una enfermedad propia del espíritu, del yo, y por consiguiente puede revestir tres formas: la del desesperado que ignora poseer un yo (desesperación impropriamente tal), la del desesperado que no quiere ser sí mismo y la del desesperado que quiere ser sí mismo.

El hombre es espíritu. Mas, ¿qué es el espíritu? El espíritu es el yo. Pero ¿qué es el yo? El yo es una relación que se relaciona consigo misma, o dicho de otra manera: es lo que en la relación hace que ésta se relacione consigo misma. El hombre es una síntesis de infinitud y finitud, de lo

temporal y lo eterno, de libertad y necesidad, en una palabra: es una síntesis. Y una síntesis es la relación entre dos términos. El hombre, considerado de esta manera, no es todavía un yo.

En una relación entre dos términos, la relación es lo tercero como unidad negativa y los dos se relacionan con la relación y en relación con la misma; de este modo, y en lo que atañe a la definición “alma”, la relación entre el alma y el cuerpo es una simple relación. Por el contrario, si la relación se relaciona consigo misma, entonces esta relación es lo tercero, y esto es cabalmente el yo

Una tal relación que se relaciona consigo misma -es decir, un yo- tiene que haberse puesto a sí misma, o haber sido puesta por otro.

Si la relación, que se relaciona consigo misma, ha sido puesta por otro, entonces seguramente que la relación es lo tercero; pero esta relación, esto tercero, es por su parte una relación que a pesar de todo se relaciona con lo que ha puesto la relación entera.

Una relación así derivada y puesta es el yo del hombre; una relación que se relaciona consigo misma y que en tanto se relaciona consigo misma, está relacionándose a un otro. A esto se debe el que puedan darse dos formas de desesperación propiamente tal. Si el yo del hombre se hubiera puesto a sí mismo no podría hablarse más que de una sola forma: la de no querer uno ser sí mismo, la de querer liberarse de sí mismo; pero no podría hablarse de la desesperación que consiste en que uno quiera ser sí mismo. Precisamente esta última fórmula expresa la dependencia de la relación entera -la dependencia del yo-; expresa la imposibilidad de que el yo pueda alcanzar por sus propias fuerzas el equilibrio y el reposo, o permanecer en ellos, a no ser que mientras se relaciona consigo mismo, lo haga también respecto de aquello que ha puesto toda la relación. (pp 35-36)

Porque, cabalmente, la fórmula que describe la situación del yo una vez que ha quedado exterminada por completo la desesperación es la siguiente: que al autorrelacionarse y querer ser sí mismo, el yo se apoye de una manera lúcida en el Poder que lo ha creado. (p 37)

Capítulo II: Posibilidad y realidad de la desesperación.

¿Es la desesperación una ventaja o un defecto?... La posibilidad de esta enfermedad es la ventaja del hombre sobre el bruto; caer en la cuenta de esta enfermedad es la ventaja del cristiano sobre el hombre natural; y estar curado de esta enfermedad es la felicidad del cristiano.

Por tanto, poder desesperar es una ventaja infinita; y sin embargo, estar desesperado no solamente es la mayor desgracia y miseria, sino la perdición misma... (p 39)

... el caso de la desesperación. Cada uno de los instantes reales de la desesperación tiene que ser referido a la posibilidad de la misma, y del hombre desesperado se puede afirmar que en cada uno de los mementos de su desesperación duradera, la está atrapando. En este caso, el tiempo presente queda siempre como volatilizado en relación con la realidad situada ya en el pasado, y en cada uno de los instantes reales de la desesperación tiene el desesperado que portar como algo presente todo lo que haya podido acontecer en el pasado. Esto se debe a que la desesperación es una categoría propia del espíritu, y en cuanto tal relativa a lo eterno en el hombre. Ahora bien, el hombre no puede librarse de lo eterno... Pero lo eterno vuelve a cada instante; y esto significa que el desesperado está atrapando a cada instante la desesperación. Ya

que la desesperación no procede de la discordancia, sino de la relación que se relaciona consigo misma. Y un hombre no puede deshacerse de esta autorrelación; esto le sería tan imposible como deshacerse de su propio yo cosa que por lo demás es idéntica con la primera, ya que de seguro el yo es la autorrelación. (pp 41-42)

Capítulo III. La desesperación es la “enfermedad mortal”.

... el tormento de la desesperación consiste exactamente en no poder morir. De esta manera la situación del desesperado tiene mucha similitud con la de un agonizante que yace en el lecho de muerte, debatiéndose con ella y sin poder morir. Así estar “mortalmente enfermo” equivale a no poder morir, ya que la desesperación es la total ausencia de esperanzas, sin que le quede a uno si siquiera la última esperanza, la esperanza de morir. Pues cuando la muerte es el mayor de todos los peligros, se tienen esperanzas de vida; pero cuando se llega a conocer un peligro todavía más espantoso que la muerte, entonces tiene uno esperanzas de morir. Y cuando el peligro es tan grande que la muerte misma se convierte en esperanza, entonces tenemos la desesperación como ausencia de todas las esperanzas, incluso la de poder morir.

En esta última acepción es la desesperación la enfermedad mortal... Para que el hombre muriera de desesperación, como muere de otra enfermedad cualquiera, sería necesario que lo eterno en él -el yo- pudiese morir en el mismo sentido que el cuerpo muere a causa de la enfermedad. Pero esto es imposible. El morir de la desesperación se transmuta constantemente en una vida. El desesperado no puede morir. “Así como el puñal no puede matar el pensamiento”, así tampoco la desesperación, gusano inmortal y fuego inextinguible, puede devorar lo eterno -el yo- que es el fundamento en que aquella radica. No obstante, la desesperación es precisamente una autodestrucción, pero impotente, incapaz de conseguir lo que ella quiere... (pp 43-44)

Un desesperado desespera a propósito de algo. Esto es lo que parece a primera vista, pero sólo a primera vista, pues en seguida se muestra la verdadera desesperación, o la desesperación en su verdadera figura... al que tiene el lema de “César o nada”, que en cuanto no llega a ser César, se pone a desesperar sobre el particular. Pero en realidad lo que esto significa es algo distinto, a saber: que el tal sujeto, precisamente por no haber llegado a ser César, ya no puede soportar ser sí mismo. Por lo tanto, no desespera propiamente sobre el particular de no haber llegado a ser César, sino del propio yo que no lo ha llegado a ser. Y este propio yo, que en el caso de haberse convertido en César habría hecho las delicias de toda su vida -no por eso menos desesperada, aunque en otro sentido- este propio yo, repito, es ahora para él lo más insoportable de todo. Visto, pues, más de cerca, lo insoportable para tal sujeto no está en el hecho de no haber llegado a ser César, sino que lo que resulta insoportable es el propio yo que no llegó a serlo o dicho todavía más exactamente, lo que le resulta insoportable de todo punto es el no poder deshacerse de sí mismo. Si hubiese llegado a ser César, habría encontrado una bonita manera, aunque desesperada, de haberse deshecho de sí mismo; pero una vez que llegó a serlo, ya no le queda sino esa desesperada impotencia de no poder deshacerse de sí mismo. Esencialmente su desesperación sería la misma en ambos casos, ya que lo que le falta es su propio yo, ser sí mismo... Puesto que el desesperado cabalmente desespera por eso, por no poder destruirse, y esto es lo que en realidad constituye su tormento. Y es natural que no pueda destruirse, ya que la desesperación ha puesto fuego a una cosa refractaria, a algo que no puede ser pasto de las llamas, es decir: al yo. (pp 44-45)

El yo que aquél desesperadamente quiere ser, es un yo que él no es -ya que querer ser el yo que uno es en verdad representa cabalmente todo lo contrario de la desesperación-. En una palabra, que lo que aquél quiere no es otra cosa sino desligar su yo del Poder que lo fundamenta. Pero en esto fracasa inevitablemente, a pesar de toda su desesperación; porque a pesar de todos los esfuerzos de la desesperación aquel Poder es el más fuerte y le constriñe a ser el yo que él no quiere ser. Y de este modo siempre pretende el hombre deshacerse de sí mismo, del yo que realmente es, para llegar a ser un yo de su propia invención. Ser ese yo que él quiere ser -aunque en otro sentido no va a ser menos desesperado- habría constituido para él las delicias de su vida, pero estar constreñido a ser un yo que él no quiere ser, constituye su verdadero suplicio, el cual consiste en no poder desembarazarse de sí mismo. (pp 46-47)

Si no hubiera nada eterno en nosotros, entonces nos sería imposible desesperarnos; mas, por otra parte, si la desesperación fuese capaz de destruir nuestra alma, entonces tampoco existiría en modo alguno la desesperación. (p 47)

... Y por más que el desesperado logre evitar muchos de sus malos tragos, por más que el desesperado alcance un éxito completo -cosa valedera sobre todo para el caso de aquella especie de desesperación que esté ignorante de serlo- en la empresa de que no se note para nada..., no obstante, la eternidad pondrá de manifiesto que su situación era desesperada y volverá a enclavarlo a su propio yo, con lo que el suplicio permanecerá, al serle imposible deshacerse de su yo y quedando al descubierto que lo del éxito era un ensueño. Y es natural que la eternidad actúe de esta manera, puesto que poseer un yo y ser un yo es la mayor concesión -una concesión infinita- que se le ha hecho al hombre, pero además es la exigencia que la eternidad tiene sobre él. (p 47)

LIBRO SEGUNDO: La universalidad de esta enfermedad (de la desesperación).

... y sin entender lo que el espíritu sea, no hay manera de entender tampoco la desesperación. (p 50)

... la desesperación es un fenómeno del espíritu, algo que se relaciona con lo eterno y que, por consiguiente, contiene algo eterno en su dialéctica. (p 52)

... la desesperación consiste precisamente en que el hombre no tenga conciencia de estar constituido como espíritu. (p 53)

De todo esto se concluye que no está en lo cierto la consideración vulgar de la mayoría al suponer que la desesperación es un fenómeno raro, cuando en realidad sucede todo lo contrario, que es un fenómeno completamente universal... la mayoría de los hombres viven sin tener conciencia clara de estar constituidos como espíritu y que, en consecuencia, todas esas seguridades de que hablan y toda esa alegría satisfecha de vivir y demás cosas por el estilo no son en realidad sino desesperación. En cambio, los que afirman estar desesperados son ordinariamente aquellos que poseen una naturaleza mucho más profunda, de suerte que o pueden por menos de estar conscientes de su espiritualidad; o también puede tratarse de

aquellos otros a quienes un terrible acontecimiento o una decisión espantosa han ayudado a tomar conciencia de su espiritualidad... (p 54)

¡En el mundo también se habla muchísimo de muchas vidas desperdiciadas! Sin embargo, no hay más que una vida desperdiciada, la del hombre que vivió toda su vida engañado por las alegrías o los cuidados de la vida: la del hombre que nunca se decidió con una decisión eterna a ser consciente en cuanto espíritu, en cuanto yo; o lo que es lo mismo, que nunca cayó en la cuenta ni sintió profundamente la impresión del hecho de la existencia de Dios y que “él”, él mismo, su propio yo existía delante de este Dios, lo que representa una ganancia infinita que no se puede alcanzar si no es pasando por la desesperación. ¡Ay, de esta miseria no se habla! No se habla de que tantos hombres vayan viviendo la vida completamente engañados respecto del pensamiento más feliz de todos los pensamientos... Y lo que a mí me parece más terrible y más me impresiona de esta enfermedad y miseria, la más espantosa de todas las enfermedades y miserias es su ocultez. No sólo que el que la padece no pueda desear ocultarla y lo consiga, sino que pueda darse en un hombre de tal manera que nadie, absolutamente nadie lo descubra..., es más, que de tal manera puede ocultarse en el interior de un hombre, que ni siquiera él mismo lo sepa... (pp 54-55)

LIBRO TERCERO: Formas de esta enfermedad (de la desesperación).

Las formas de la desesperación pueden esclarecerse muy bien de una manera abstracta si aplicamos nuestra reflexión sobre los diversos momentos que constituyen al yo en cuanto síntesis. El yo está formado de infinitud y finitud pero esta síntesis es una relación y, cabalmente, una relación consigo misma, lo cual equivale a la libertad. Mas la libertad es lo dialéctico dentro de las categorías de posibilidad y necesidad.

Sin embargo, la desesperación ha de ser considerada principalmente bajo la categoría de conciencia. Pues, al fin de cuentas, la diferencia cualitativa entre una y otra desesperación depende del hecho de que aquella sea o no consciente... De esta manera, la conciencia es lo decisivo. En general, la conciencia, es decir, la autoconciencia, siempre es lo decisivo en relación al yo. Cuanta más conciencia, más yo; cuanto más conciencia, más voluntad; cuanto más voluntad, más yo. Un hombre que no tiene voluntad no es un yo; pero cuanto mayor sea su voluntad, tanto mayor será también la conciencia de sí mismo. (p 57)

Capítulo I: La desesperación considerada no precisamente en cuanto se reflexiona sobre el hecho de si es o no consciente, sino sólo reflexionando sobre los momentos que constituyen la síntesis.

I. La desesperación vista bajo la doble categoría de finitud-infinitud.

El yo es la síntesis consciente de infinitud y finitud, que se relaciona consigo misma, y cuya tarea consiste en llegar a ser sí misma, cosa que sólo puede verificarse relacionándose uno con Dios. Ahora bien, llegar a ser sí mismo significa que uno se hace concreto. Pero hacerse concreto no significa que uno llegue a ser finito o infinito, ya que lo que ha de hacerse concreto es ciertamente una síntesis. La evolución, pues, consistirá en que uno vaya sin cesar liberándose de sí mismo en el hacerse infinito del yo, sin que por otra parte deje de retornar incesantemente a

sí mismo en el hacerse finito de aquél. Por el contrario , si el yo no llega a ser sí mismo, entonces lo tenemos desesperado, sépalo o no lo sepa. En definitiva, un yo siempre está en devenir en todos y cada uno de los momentos de su existencia, puesto que el yo kata dynamyn realmente no existe, sino que meramente es algo que tiene que hacerse. Por lo tanto, el yo no es sí mismo mientras no se haga sí mismo, y el no ser sí mismo es cabalmente la desesperación. (p 59)

1. La desesperación de la infinitud equivale a falta de finitud.

La razón última de este fenómeno radica en la dialéctica de que el yo sea una síntesis, por lo cual una cosa nunca deja de ser su contraria. A esto se debe el que ninguna forma de desesperación puede ser definida directamente –es decir, de un modo no dialéctico-, sino sólo reflexionando sobre su contraria... para definir la desesperación siempre es necesario el recurso a lo opuesta de la misma...

Por eso toda existencia humana, tanto la que se cree ya infinita como la que meramente lo pretenda, no es otra cosa que desesperación; sí, todos y cada uno de los momentos en que una existencia humana se ha hecho infinita o meramente lo pretenda, son una desesperación. Ya que el yo es la síntesis en que lo finito es lo que limita y lo infinito es lo que ensancha. De ahí que la desesperación peculiar de la infinitud sea lo fantástico, lo ilimitado; pues solamente se da un caso en que el yo esté incontaminado libre de la desesperación, a saber: cuando, precisamente por haber desesperado, se fundamente transparente en Dios. (p 60)

Es cierto que lo fantástico dice primariamente relación con la fantasía; pero la fantasía se relaciona a su vez con el sentimiento, el conocimiento y la voluntad, de suerte que un hombre puede tener un sentimiento, un conocimiento y una voluntad fantásticos. La fantasía es en general el medio de la “infinitización”; aquélla no es una facultad como las demás facultades, sino que es -si se quiere expresar así- la facultad instar omnium. En definitiva, los sentimientos, los conocimientos y la voluntad que haya en un hombre dependen de la fantasía que tenga, es decir, de cómo todas aquellas cosas se proyecten reflexivamente en la fantasía. La imaginación equivale a la reflexión infinitizadora, por lo que el viejo Fichte tenía mucha razón al suponer que la fantasía, incluso respecto del conocimiento, es el origen de las categorías. El yo es reflexión, y la fantasía es reflexión, es reproducción del yo, lo que representa la posibilidad del yo. La fantasía es la posibilidad de toda reflexión... (pp 60-61)

... una vez que el sentimiento se torna imaginario, el yo se va evaporando poco a poco, hasta no ser al final más que una especie de sensibilidad impersonal, la cual inhumanamente no pertenece ya a ningún hombre, sino que inhumanamente y como quien dice de un modo sentimental participa en el destino de una u otra abstracción, por ejemplo: la humanidad in abstracto. (Ejemplo del reumático, ligado a los cambios de tiempo)..., así también le acontece al hombre a quien el sentimiento se le ha vuelto fantástico: que en cierto modo se torna infinito, pero no de forma que se vaya haciendo más y más sí mismo, sino no dejando de perderse constantemente. (p 61)

Lo mismo pasa con el conocimiento cuando éste se torna fantástico. La ley del progreso del yo en referencia al conocimiento, en cuanto ha de ser verdad que el yo se haga sí mismo, no es otra

que la de que el grado ascendente del conocimiento corresponda al grado del conocimiento de sí mismo, es decir, que el yo, cuanto más conoce, más se conozca a sí mismo. De lo contrario, el conocimiento se convertirá, en la medida de su ascensión, en una forma de conocimiento inhumano, en cuya consecución se destruirá el yo del hombre, algo así como sucedió con la edificación de las pirámides que costaron tantas vidas humanas... (p 61)

Igualmente, cuando la voluntad se torna fantástica, el yo no hace sino evaporarse más y más. En este caso, la voluntad no será siempre y en el mismo grado tan concreta como abstracta, de suerte que cuanto más infinita se haga en los propósitos y resoluciones, tanto más presente sea a sí misma y actualmente disponible para todas las pequeñas tareas que han de realizarse en seguida. De este segundo modo de voluntad, haciéndose infinita, retorna con la mayor exactitud a sí misma, de suerte que cuando más lejos estaba de sí misma –ya que había alcanzado la máxima infinitud con sus propósitos y resoluciones- tanto más cerca que nunca se encuentra de sí misma en la disponibilidad de llevar a cabo todas las pequeñas tareas infinitas que pueden realizarse todavía hoy, en esta misma hora y en este mismo instante. (pp 61-62)

Y cuando el sentimiento, el conocimiento o la voluntad se han vuelto fantásticos, entonces el yo entero corre el peligro de tornarse también imaginario; ya sea de una forma más bien activa, arrojándose el hombre mismo en el mundo de la fantasía, ya sea de una forma preponderantemente pasiva, como si lo hubieran transportado allá, pero en ambos casos sin dejar de ser responsable. En definitiva, el yo lleva así una existencia fantástica dentro de una infinitización abstracta o en medio de un abstracto aislamiento, siempre faltándole su mismidad, de la cual no hace sino alejarse más y más (Ejemplo en la esfera religiosa: la relación con Dios es una infinitización que se convierta en una borrachera que le impida retornar a sí mismo y hacerse sí mismo)..

Mas porque un hombre esté en la proa de lo imaginario y, consiguientemente, sea un desesperado, sin embargo, aunque la mayoría de las veces aquello quede al descubierto, no queremos decir con ello que nuestro buen hombre no pueda seguir viviendo como si tal cosa y ser un hombre según parece, ocupándose de lo temporal, contrayendo matrimonio, multiplicándose en la prole y siendo honrado y bien visto por todos -sin que nadie quizá llegue a notar para nada que a nuestro buen hombre le falta un yo en el sentido más profundo de la palabra. Claro que en el mundo no se hace mucho hincapié en estas cosas; y un yo es precisamente la cosa por la que menos se pregunta en el mundo, al mismo tiempo que nada hay más peligroso que el hecho de dar a notar que se tiene. Por cierto que el mayor de todos los peligros, el de la pérdida de yo, puede pasar en el mundo completamente desapercibido, como si fuera una nadería. Ninguna pérdida puede acontecer tan sin ruidos y ningún lamento; toda otra pérdida, por ejemplo: un brazo, una pierna, cinco duros, una esposa..., ¡ah, eso sí que se nota bastante! (pp 62-63)

2. La desesperación de la finitud equivale a falta de infinitud.

(Recordar que el yo es una síntesis dialéctica: una cosa no deja de ser su contraria. Por tanto...) Carecer de infinitud es desesperada limitación y estrechez (en sentido ético, porque en el mundo sólo se habla en sentido intelectual, estético o económico. Pero lo decisivo es caer en la cuenta...) de la limitación y estrechez que representa el hecho de haberse uno perdido a sí

mismo; sólo que ahora esta pérdida no acontece mediante la evasión hacia lo infinito, sino haciéndose uno completamente finito y, en vez de ser un yo, haberse convertido en un número, en uno de tantos, en una simple repetición de esa eterna monotonía.

La limitación desesperada es carencia de originalidad, o que uno se ha despojado a sí mismo de su originalidad primitiva, habiéndose, en el sentido espiritual, castrado. Porque todo hombre en su estructura primitiva está natural y cuidadosamente dispuesto para ser un yo... de suerte que el hombre de ninguna manera renuncie a ser sí mismo por miedo a los hombres, o movido por el mismo miedo no se atreva siquiera a ser sí mismo en toda su singularidad más esencial -...- y en la cual uno es sí mismo delante de sí mismo. (p 63)

... De esta manera, con tanto mirar a la muchedumbre de los hombres en torno suyo, con tanto ajeteo en toda clase de negocios mundanos, con tanto afán por llegar a ser prudente en el conocimiento de la marcha de todas las cosas en el mundo..., nuestro sujeto va olvidándose de sí mismo, e incluso llega a olvidar -entendiéndolo en el sentido divino de la expresión- cómo se llama, sin atreverse ya a tener fe en sí mismo, e infinitamente mucho más fácil y seguro lo de ser como los demás, es decir, un mono de imitación, un número en medio de la multitud. (p 64)

... Nadie le considera en absoluto como un hombre desesperado, sino que todos ven en él un hombre a carta cabal. El mundo, en general, cosa bien obvia, no tiene ni idea acerca de lo auténticamente terrible. Es natural que no se considere en modo alguno como desesperación lo que no le acarrea a uno ninguna molestia en la vida, sino que se la hace más cómoda y placentera. Para ver que ésta es la perspectiva de juicios mundanos, basta (cfr. todos los refranes de prudencia). Así se dice que uno tendrá que arrepentirse diez veces por haber hablado, en contra de uno por haberse callado. Y ¿por qué? Porque el haber hablado, en cuanto hecho externo, puede acarrearle a uno muchas molestias, ya que se trata de una realidad. ¡Cómo si el callarse no fuera nada! Siendo así que el callarse constituye el mayor de los peligros. Pues, callándose, uno queda como totalmente abandonado a sí mismo, sin que la realidad venga a echarle una mano con los castigos que ella impone, dejando que las consecuencias de lo que ha dicho caigan sobre él... Lo prudente es no arriesgar nada. Y, sin embargo, cabalmente por no arriesgar nada, se puede perder con la más espantosa facilidad lo que difícilmente se hubiera perdido arriesgándose, por mucho que se perdiera, y que en todo caso no se habría perdido nunca con esa facilidad y como si fuese nada. ¿Qué es lo que puede perder uno de esta manera? ¡A sí mismo! Pues si yo me he arriesgado en falso, entonces no pasa nada, la misma vida me ayuda con su castigo. Mas si no arriesgo nada en absoluto, ¿quién me ayudará entonces? ¿De qué me servirá sacar, cobardemente, partido de todas las ventajas del mundo porque no he arriesgado nada en el sentido más eminente de la palabra -lo que significaría que uno había cobrado plena conciencia de sí mismo- si pierdo mi propio yo? (pp 64-65)

Esto es lo que cabalmente sucede con la desesperación de la finitud. El hombre que está así desesperado puede vivir a las mil maravillas en la temporalidad y ser un hombre en apariencia, alabado por los demás, honrado, bien visto... Semejantes hombres hacen gala de sus recursos, amontonan dinero, realizan sensacionales hazañas mundanas, son artistas de la previsión, etc., etc., e incluso quizá pasen a la historia, pero no son en modo alguno sí mismos, no tienen en el sentido espiritual ningún yo, no poseen ningún yo en virtud del cual arriesgarlo todo en un

momento dado, ni poseen ningún yo delante de Dios -y todo esto a pesar de ser tan egoístas. (p 65)

II. La desesperación vista bajo la doble categoría de posibilidad-necesidad.

Para hacerse uno -y el yo ha de hacerse con toda libertad- son igualmente esenciales la posibilidad y la necesidad. De la misma manera que a la constitución del yo pertenecen la infinitud y la finitud, así también la posibilidad y la necesidad. Por eso, tan desesperado es el yo que carece de posibilidades, como el que no tiene ninguna necesidad. (pp 65-66)

I. La desesperación de la posibilidad equivale a la carencia de necesidad.

La razón de este fenómeno, según quedó ya demostrado, radica en la dialéctica.

Del mismo modo que lo finito es lo que limita respecto de la infinitud, así también es la necesidad lo que retiene en relación con la posibilidad... El yo, kata dynamin, es tanto posible como necesario; ya que sin duda es sí mismo, pero teniendo que hacerse. En tanto que es sí mismo se trata de una necesidad, en cuanto ha de hacerse estamos ante una posibilidad.

Si la posibilidad derriba a la necesidad por los suelos, entonces el yo sale en volandas a la grupa de la posibilidad, huyendo de sí mismo y sin que quede nada necesario a lo que retornar. Este es el caso de la desesperación propia de la posibilidad. Semejante yo se convierte en una posibilidad abstracta, debatiéndose hasta el cansancio (Mt 16, 21-26), sin que con todo se mueva del sitio, e incluso sin haber alcanzado ningún sitio, puesto que lo necesario es cabalmente un movimiento en el sitio. Hacerse uno a sí mismo es precisamente un movimiento en el sitio. Devenir significa in general un cambio de lugar, pero devenir uno sí mismo equivale a un movimiento sobre el terreno.

De esta manera, la posibilidad aparece cada vez mayor a los ojos del yo y éste ve surgir posibilidades por todas partes, ya que nada se torna real. Hasta que al fin todo es posible, lo que quiere decir que el abismo se ha tragado al yo. La más pequeña posibilidad necesitaría un poco de tiempo para realizarse, pero al final ya no hay tiempo, pues el tiempo necesario para la realidad se ha hecho cada vez más corto y en definitiva todo se resuelve en una instantaneidad desapoderada. La posibilidad va creciendo constantemente en intensidad, pero no en el sentido de la realidad, sino en el sentido de la misma posibilidad; ya que en el sentido de la realidad, lo intensivo consiste en que algo de lo que era posible se haga real. Porque tan pronto como algo se revela posible y en el mismo momento ya esté pisándole los talones otra nueva posibilidad sin que hagamos nada por nuestra parte, nos encontraremos irremediablemente envueltos en un círculo de fantasmagorías, las cuales desfilarán tan rápidas que todo nos parecerá posible, y es precisamente en este momento definitivo cuando el individuo mismo ya no será otra cosa que un puro fantasma.

Al yo le falta realidad en esta situación. ¡No cabe duda! Y éste es en general el modo de hablar de la gente: por ejemplo, cuando nos dice que Fulano se ha hecho irreal. Pero mirando las cosas más de cerca, lo que propiamente le falta a nuestro individuo es la necesidad. Porque los filósofos no tienen razón al afirmar que la necesidad es la unidad de posibilidad y realidad, no, la realidad es la unidad de posibilidad y necesidad. Tampoco es falta de fuerza la que padece el yo cuando se dispara de un modo tan salvaje por los derroteros de la posibilidad, al menos no se puede entender esa ausencia de vigor como la entiende la gente de ordinario. No, lo que le falta

es en realidad la fuerza de la obediencia, el vigor para someterse a la necesidad incluida en el propio yo, a lo que podríamos llamar sus fronteras interiores. La desgracia de semejante sujeto tampoco consiste en que no haya llegado a ser nada en el mundo, sino que su desgracia consiste en no haberse apercibido de que el yo que él es representa algo completamente determinado y en cuanto tal una necesidad. (pp 66-67)

(Para mirarse al espejo es necesario que antes uno se conozca a sí mismo; de lo contrario sólo verá un hombre)... el espejo de la posibilidad no es un espejo corriente y por eso toda la prudencia es poca para mirarse en él. Pues es el espejo del que con mayor razón se puede afirmar que es engañoso. Un yo que se espeja de esta o de la otra manera en la posibilidad de sí mismo es solamente una verdad a medias ya que en la posibilidad de sí mismo el yo está muy lejos de ser sí mismo... Con la posibilidad acontece como con un niño a quien se le invita a participar en uno u otro juego; el niño está dispuesto a jugar inmediatamente, pero lo que importa es saber si los padres lo consienten. Pues bien, la necesidad viene a ocupar en nuestro caso el puesto de los padres.

Es indudable que en lo posible caben todas las posibilidades. Esta es la razón de que el yo pueda extraviarse de mil maneras posibles por los derroteros de la posibilidad, pero en definitiva todas esas maneras se reducen a dos. Una forma de extravío es la del deseo y la nostalgia, y la otra es la de la melancolía imaginativa. Entre paréntesis digamos que la primera forma tiene algo que ver con el camino de la esperanza y la segunda con el del temor o la angustia... (Ejemplo del caballero detrás del ave que llega a perderse)... Pues esto mismo es lo que le sucede al hombre que en vez de sujetar la posibilidad con las riendas de la necesidad, se pone a correr tras de la primera..., hasta que al final ya no acierta a encontrar el camino de retorno a sí mismo.

En el caso de la melancolía acontece todo lo contrario, pero de la misma manera. El individuo, melancólicamente anhelante, empieza persiguiendo una posibilidad de la angustia, hasta que al final esa posibilidad lo aleja de sí mismo y le deja que se muera en esa angustia, o que se muera precisamente en aquello de lo que más le angustiaba tener que morir. (p 67-68)

2. La desesperación de la necesidad equivale a la carencia de posibilidad.

... La existencia humana es desesperada siempre que falta la posibilidad, siempre que se la haya conducido al límite de tal carencia, y aquella nunca dejará de ser desesperada en ninguno de los momentos que le falte la posibilidad.

Con frecuencia se afirma que en definitiva no hay más que un cierto periodo de la vida que sea rico en esperanzas, o se habla de que sólo hasta cierto tiempo y cierto momento de la vida se es o se fue muy rico en esperanzas y posibilidades. Pero todo este modo de hablar es meramente humano y no llega a ser verdadero; ya que todas estas esperanzas y toda esta desesperación no son todavía la auténtica esperanza y la auténtica desesperación. (pp 68-69)

Lo decisivo es lo que se contiene en la siguiente afirmación: para Dios todo es posible. Esto es eternamente verdadero y, por lo tanto, es verdadero en todo momento... pero esa fórmula solamente empieza a ser decisiva cuando el hombre es llevado a una situación de extrema necesidad, en la cual, humanamente hablando, no quede ninguna posibilidad. Y entonces lo que importa es que el hombre quiera creer que para Dios todo es posible; es decir, lo que importa es

que quiera creer. Ahora bien, ésta es cabalmente la fórmula para perder la razón. Pues la fe significa precisamente que se pierde la razón para ganar a Dios... (p 69)

Así las cosas, no cabe duda que a los ojos humanos la salvación será absolutamente imposible; pero ¡para Dios todo es posible! Esta es la lucha de la fe, la cual combate locamente -y puede emplearse muy bien este adverbio- por la posibilidad. Pues la posibilidad es lo único que salva. Cuando uno se desvanece, todos gritan: ¡agua!, ¡agua de Colonia!, o gotas de cualquier otra esencia; pero cuando uno está a punto de desesperar, hay que gritarle: ¡ábrete una posibilidad!, ¡no cierres las puertas a la posibilidad! La posibilidad es lo único que salva. Si hay una posibilidad, entonces el desesperado vuelve a respirar de nuevo y revive. Estar sin posibilidades es como faltarle a uno el aire que respira. Ocasionalmente cualquier hallazgo de la fantasía puede bastar para abrirle paso a la posibilidad, pero en definitiva, es decir, cuando se trata de creer, lo único que ayuda es la seguridad de que para Dios todo es posible. (pp 69-70)

Esta es la batalla entablada. La victoria depende exclusivamente de que quien combate en ella quiera abrirle paso a la posibilidad; o dicho de otro modo: depende de que tenga fe. Él sabe, sin embargo, que su ruina, hablando humanamente, es segurísima. En esto consiste el movimiento dialéctico de la fe... (cfr. ejemplo del que confía que no le ocurrirá nada malo y el temerario). En cambio, el creyente ve y comprende, hablando humanamente, su ruina -ya sea respecto de aquello que le ha salido al encuentro, ya sea respecto de aquello en lo que él mismo se ha arriesgado-, pero cree. Y esto es lo que le salva. Deja completamente en manos de Dios el problema de cómo será socorrido, contentándose con creer que para Dios todo es posible... (p 70)

El creyente posee el eterno y seguro antídoto contra la desesperación, es decir, la posibilidad; ya que para Dios todo es posible en cualquier momento. Esta es la salud de la fe, la cual resuelve todas las contradicciones... (p 71)

La carencia de posibilidad significa que todo se nos ha convertido en necesario o en pura trivialidad. (p 71)

El determinista o fatalista es un hombre desesperado y en cuanto tal ha perdido su propio yo, ya que para él todo es necesidad... La personalidad es una síntesis de posibilidad y necesidad. Por eso, con el subsistir de la personalidad sucede como con la respiración -re-spiratio-, que es un continuo flujo de aspiraciones y exhalaciones. El yo del fatalista no respira, ya que la pura necesidad es irrespirable y en ella el yo del hombre no hace más asfixiarse. La desesperación del fatalista es haber perdido a Dios y con ello haberse perdido a sí mismo, puesto que el que no tiene a Dios, tampoco tiene ningún yo. Ahora bien, el fatalista está sin Dios, o lo que es lo mismo, su Dios es la necesidad; porque de la misma manera que para Dios todo es posible, así también podemos afirmar que Dios equivale a que todo sea posible. (p 71)

Rezar es también respirar, y la posibilidad es para el yo como el oxígeno para los pulmones... Para rezar es necesario, de una parte, que haya un Dios, que haya un yo, y de otra parte que haya posibilidad; o si se quiere expresar de otro modo equivalente, para rezar se necesitan un yo y posibilidad, entendiéndola en el sentido más plenario de la palabra, ya que Dios es lo mismo

que la absoluta posibilidad, o la absoluta posibilidad es Dios... lo que hace que un hombre pueda rezar no es otra cosa que el hecho de que la voluntad de Dios sea lo posible; si no hubiera más que lo necesario, entonces el hombre sería tan esencialmente mudo como lo es el bruto. (p 72)

... la pedantería y la trivialidad... implican por esencia una carencia de posibilidad. La pedantería es una falta de espíritu, así como el determinismo y el fatalismo eran una desesperación espiritual; pero la falta de espíritu es también una desesperación. La trivialidad no posee ninguna de las categorías del espíritu y por eso se mueve en el campo de la probabilidad, donde lo posible encuentra un pequeño sitio; y así es como se pierde la posibilidad de descubrir a Dios. Sin imaginación, cosa que el pequeño burgués nunca ha tenido, éste va viviendo en un cierto conjunto banal de experiencias, sólo avizor a lo que pasa, a las oportunidades y a lo que suele acontecer, importando muy poco que por lo demás sea un vinatero o un primer ministro. De esta manera el pequeño burgués se ha perdido a sí mismo y ha perdido a Dios. Porque para caer en la cuenta de uno mismo y de Dios es preciso que la fantasía le eleve a uno sobre la atmósfera vaporosa de lo probable, arrancándole de ella y enseñándole - en cuanto hace lo que está a mil leguas de toda experiencia positiva- a esperar y a temer, o a temer y a esperar. Claro que el pequeño burgués no tiene imaginación, ni quiere tenerla, es algo que detesta con todas sus fuerzas... (p 72)

El fatalismo y el determinismo incluyen con todo la suficiente imaginación como para desesperar acerca de la posibilidad, e incluyen la suficiente posibilidad como para descubrir la imposibilidad. En cambio, la banalidad burguesa se halla satisfecha en lo trivial y está igualmente desesperada, tanto si marchan las cosas bien como si van mal. Al fatalismo y al determinismo le falta la posibilidad de amainar y suavizar, le falta la posibilidad para atemperar la necesidad, en una palabra: la posibilidad en cuanto suavidad. En cambio, a la banalidad burguesa le falta la posibilidad para despertarse de la falta de espíritu. Esta banalidad se jacta de tener a su disposición las posibilidades... pensando que él es todo un señor y no notando para nada que precisamente por eso se ha aprisionado a sí mismo en las redes de la esclavitud propia de la falta de espíritu, hasta ser el último de los parias... (p 73)

Capítulo II: La desesperación considerada bajo la categoría de la conciencia.

...Cuanto más conciencia, tanto más intensa será la desesperación... (p 75)

I. La desesperación que está inconsciente de serlo, o la desesperada inconsciencia de que se tenga un yo y precisamente un yo eterno.

... Veritas est index sui et falsi. Sin embargo, la gente no se preocupa en realidad de esta prerrogativa sutil de la verdad, como tampoco se suele preocupar, ni muchísimo menos, de la relación con la verdad misma, no considerando que relacionarse con la verdad es el bien supremo y estar en el error, socráticamente dicho, la mayor de las desgracias. Entre la gente, en la mayoría de los casos, lo sensible prevalece con mucho sobre su intelectualidad. Y así se encuentran los hombres a sus anchas, supuestamente dichosos e imaginándose que lo son, pero... a la luz de la verdad son unos desgraciados aunque... estén muy lejos de desear que se les arranque de ese error... Y ¿por qué ese modo de reaccionar? Porque tales hombres están

dominados por lo sensible y por lo anímico-sensible; porque viven solamente en las categorías que están a ras de los sentidos, las categorías de lo agradable y lo desagradable, después de haber dicho adiós al espíritu, a la verdad y a todas esas cosas por el estilo. En una palabra, reaccionan así porque son demasiado sensitivos como para tener el coraje de correr el riesgo y soportar ser espíritus. (p 76)

....importa muy poco que el que está desesperado no sea sabedor de que su estado es propiamente el de la desesperación, puesto que de todos modos es un desesperado. El hecho de que su desesperación sea tan extraviada que la desconozca, es un hecho que no hace mucho al caso, si no es para empeorarlo, ya que además de estar en la desesperación, está en un error. Con esta ignorancia respecto de la desesperación sucede lo mismo con la ignorancia relativa a la angustia, a saber, que la angustia de la total falta de espíritu se reconoce cabalmente por la seguridad vacía de espíritu que experimenta el que la padece. Pero la angustia está de todos los modos en la raíz, como también lo está la desesperación, la cual sale inmediatamente a la superficie, o manifiesta que habita allí en el fondo, tan pronto como cesan las ilusiones de los sentidos y la existencia empieza a tambalearse.(pp 77-78)

...solamente en un sentido, en el de la pura dialéctica, se puede afirmar que está más lejos de la verdad y de la salvación el que ignora su desesperación que el que a sabiendas permanece en ella. En cambio, si se considera la cosa en otro sentido, en el sentido ético-dialéctico, entonces hay que decir que el que consciente de la desesperación se mantiene desesperado, está muchos más lejos que nadie de la salvación, ya que su desesperación es más intensa. Sin embargo, la inconsciencia en este caso puede ser la forma más peligrosa de la desesperación con la no-desesperación. En la ignorancia, y para su propia perdición, el desesperado está seguro de no caer en la cuenta de su estado, es decir, que está completa y seguramente a merced de la desesperación. (p 78)

En la ignorancia de que se está desesperado es cuando el hombre está también más lejos de ser consciente en cuanto espíritu. Pero cabalmente esta inconsciencia en cuanto espíritu es la desesperación...

Esta forma de desesperación -que consiste en que se la ignore- es la más frecuente de todas en el mundo; sí, en eso que se llama mundo, o determinado con mayor exactitud: en eso que el cristianismo llama mundo... Lo específico de la desesperación de que se trata reside precisamente en el hecho de que se la ignore, o que se ignore que es desesperación. (pp 78-79)

...el concepto estético de “la falta de espíritu” nunca nos podrá ofrecer la medida de lo que sea o no sea la desesperación; para esto será necesario emplear un concepto ético-religioso, a saber, el concepto del espíritu, o la falta negativa de espíritu, la inespiritualidad. Y así, será una desesperación -...- toda existencia humana que no tenga conciencia de ser espíritu, o que no esté personalmente convencida, delante de Dios, de que es espíritu. Será una desesperación desde luego, toda existencia humana que no se funde de un modo transparente en Dios, sino que prefiera oscuramente reposar y remontarse en las nubes de una u otra abstracción universal –el estado, la nación, etc.-, o perderse del todo en la propia oscuridad, empleando todas sus facultades solamente como fuerzas de acción, sin llegar a saber en el sentido más profundo de dónde le vienen y, definitivamente, considerando que su propio yo no es más que un enigma

inextricable en mallas de la interioridad. Esto es lo que los Padres de la Iglesia querían insinuar cuando afirmaban que “las virtudes de los paganos son vicios espléndidos”; porque eran de la opinión que la interioridad del pagano equivalía a la desesperación, que los paganos no tenían conciencia, delante de Dios, en cuanto espíritus. (pp 79-80)

(Cf alabanza de los paganos del suicidio) Precisamente el suicidio, el quitarse la vida de ese modo, lo que para el espíritu representa uno de los pecados mayores que se puedan cometer, una verdadera rebeldía contra Dios. Los paganos desconocían el concepto espiritual del yo y por eso juzgaban así del suicidio; y esto lo hacían los mismos paganos que, por otra parte, tenían formado un juicio moral muy severo acerca del robo, la lujuria y otras similares. Lo que sucede es que al pagano le faltaba la verdadera perspectiva para enfocar el suicidio, ya que en realidad el pagano estaba sin la relación a Dios y sin el yo; por eso, vistas las cosas de un modo meramente pagano, el suicidio es algo indiferente, algo que cada uno puede realizar si le place, puesto que a nadie le importa... (p 80)

II. La desesperación que está consciente de serlo, por tanto, la desesperación que tiene conciencia de poseer un yo en el que a pesar de todo hay algo eterno y, sin embargo, el que la padece: o desesperadamente no quiere ser sí mismo, o también desesperadamente quiere ser sí mismo.

... en toda oscuridad e ignorancia existe un como concierto dialéctico entre el conocimiento y la voluntad, y por eso puede uno equivocarse tan fácilmente al juzgar a un hombre en cuanto sólo acentúe el conocimiento o, por el otro extremo, sólo acentúe la voluntad. (p 83)

... Ya se sabe que lo contrario de estar desesperado es tener fe, y por eso -...- diremos ahora que aquella fórmula que dimos como descripción del estado en que no hay absolutamente nada de desesperación vuelve a tener aquí plena vigencia como fórmula de la fe: relacionándose consigo mismo y queriendo ser sí mismo, el yo se apoya lúcido en el Poder que lo fundamenta. (pp 83-84)

1. La desesperación de no querer uno ser sí mismo o la desesperación de la debilidad.

(Esta primera desesperación estaría ligada a la femineidad) (p 84)

a) La desesperación por lo terrenal, o por algo terrenal.

Aquí es la pura inmediatez... La desesperación aquí es un mero sufrir, un sufrir bajo las presiones de lo externo, sin que nunca proceda del interior como una verdadera actividad... (pp 85-86)

El hombre inmediato -en cuanto en la realidad pueda darse una inmediatez totalmente desprovista de reflexión- no está más que anímicamente determinado, y su yo y él mismo no son más que un simple algo dentro del conjunto de la temporalidad y la mundanidad, en estrecha interdependencia con el otro -...- y solamente teniendo una apariencia ilusoria de que haya algo eterno en él. De esta manera, el yo se enlaza inmediatamente con lo otro deseando, anhelando, gozando, etcétera, pero en definitiva siempre pasivo. Incluso cuando anhela, este yo no es más que un dativo, como le pasa al niño que siempre está diciendo para mí. Este hombre no conoce

otra dialéctica que la de lo agradable y lo desagradable, y sus conceptos favoritos son: dicha, desgracia y destino.

*He aquí que a este yo inmediato le acontece, le sobreviene (sobre viene) algo que le lleva a desesperar. Este suceso no puede ser de otra manera, ya que el yo en cuestión no encierra en sí ninguna reflexión y, en consecuencia, lo que le lleva a la desesperación ha de ser algo que le venga de fuera, convirtiéndosele la desesperación en una mera pasividad. Por lo tanto, la cosa sucede del modo siguiente: aquello en que el hombre inmediato tiene puesta su vida, o, en cuanto todavía hay en él una leve sombra de reflexión, aquella parte de vida interior a la que se siente especialmente vinculado, le es arrebatada “por un golpe del destino” y llega a ser -para usar su propia expresión- un desgraciado... La inmediatez... es algo enormemente frágil, y por eso cualquier **quid nimis** que exija reflexión es capaz de llevar hasta la desesperación al hombre que tenga puesta toda la vida en ella.*

... Sin embargo, la desesperación consiste en que se pierda lo eterno..., y nuestro hombre no habla para nada de esa pérdida, ni siquiera se le ha pasado por las mientes o en sueños. (pp 86-87)

Si habita dentro de la cristiandad, nuestro hombre (inmediato) es además cristiano, va a la iglesia todos los domingos, escucha y entiende lo que el sacerdote dice -¡sí, se entienden muy bien mutuamente!-, y a la hora de morir, aquél le introduce en la eternidad por la módica cantidad de diez duros..., pero lo que es un yo nunca lo fue ni se esforzó lo más mínimo por llegar a serlo.

Esta forma de desesperación consiste en que uno desesperadamente no quiera ser sí mismo; o consiste, lo que es todavía más bajo, en que uno desesperadamente no quiera, en general, ser un yo; o consiste, cosa la más baja de todas, en que uno desesperadamente quiera ser otro distinto, anhelando con todas sus fuerzas un nuevo yo. La inmediatez de la vida no comporta propiamente ningún yo, ningún conocimiento propio y, en consecuencia, tampoco encierra ninguna capacidad de reconocimiento de uno mismo. Esta es la razón de que en la inmediatez todo termine sin pena ni gloria, en la farsa o en las aventuras... (p 88)

... el hombre inmediato no se conoce a sí mismo; sólo se conoce literalmente, por la ropa que lleva, o le atribuye -...- la posesión de un yo a la mera exterioridad... (p 89)

... Nuestro hombre (el que supera la mera inmediatez) comprende que es un mal paso ése de dejarse escapar el yo de entre las manos y por eso los golpes que recibe no le dejan tumbado en el suelo con el derrame cerebral que padece el hombre inmediato; aquél comprende también, con la ayuda de la reflexión, que son muchas las cosas que un hombre ha de estar dispuesto a perder antes que el propio yo y por eso hace concesiones y está dispuesto a no perderse. Y, en definitiva, ¿por qué? Porque hasta cierto punto ha liberado su propio yo de las garras de la exterioridad, porque vislumbra que a pesar de todo tiene que haber algo de eterno en el yo. pero su manera de luchar es inútil. Porque la dificultad con que ha tropezado exige una ruptura con todo lo inmediato y para esto le falta la reflexión propiamente interior, o la reflexión ética. No tiene, en el fondo, ninguna conciencia de un yo que haya de ser conquistado a través de una abstracción infinita de todo lo externo, hasta llegar al yo abstracto y desnudo -...- que es la primera forma del yo infinito y la fuerza motriz de todo el proceso en que un yo cualquiera asume infinitamente su yo real con todas sus dificultades y ventajas. (p 91)

Por tanto, nuestro hombre desespera y su desesperación consiste en no querer ser sí mismo. No es que se le meta en la cabeza la ridiculez de querer ser otro, ya que mantiene adjunta la relación al propio yo, en cuanto la reflexión lo ha ligado consigo mismo. Pero con todo le pasa algo extraño en la relación consigo mismo, algo así -...- como lo que le ocurriría a un hombre en relación con su domicilio al hacérsele insoportable porque el humo u otra cosa parecida había inundado sus habitaciones. ¿Qué ocurriría? Pues muy sencillo, que el segundo abandonaba su casa por el momento, pero sin marcharse muy lejos... pensando que el motivo de su ausencia no duraría mucho. Exactamente lo mismo es lo que ocurre al desesperado. Desde luego, no se atreverá ni por lo más remoto, según suele decirse con mucho énfasis, a retornar a sí mismo mientras la dificultad persista; en esas condiciones no quiere ser sí mismo. Pero probablemente -...- todo eso pasará muy pronto y quizá se cambie, y entonces habrá que olvidar para siempre aquella posibilidad sombría. Mientras tanto nuestro hombre viene de vez en cuando de visita a sí mismo, para verificar si ha intercedido algún cambio. Y tan pronto como intercede algún cambio, se muda otra vez a su casa y, según su propia expresión, “vuelve a ser sí mismo”. Pero esto no es más que un modo de hablar, pues en realidad solamente comienza donde lo había dejado...

Pero si no ha cambiado nada, entonces se comporta de una manera muy distinta. Se aparta en seguida y por completo de la dirección hacia el interior, por la cual debió seguir para ser de verdad un yo. Todo el problema del yo, entendiéndolo en el sentido más profundo, no será en adelante más que una especie de puerta condenada en el fondo de su alma, sin nada detrás de ella. Entonces asumirá todo aquello que en su lenguaje representa su propio yo, es decir, todo lo que pueda darse de habilidad y talento en él..., todo eso, sin embargo, lo asumirá completamente orientado hacia el exterior, hacia lo que se llama vida, la vida real y la vida activa... Y dentro de la cristiandad es un cristiano -...-, y un cristiano de los cultos. Con mucha frecuencia le ha preocupado el problema de la inmortalidad y más de una vez le ha preguntado al párroco si de veras existe una tal inmortalidad y si realmente uno volverá a reconocerse de nuevo. Naturalmente que esta última pregunta ha de encerrar un interés muy especial para él, ya que no tiene ningún yo. (pp 91-93)

... Lo cómico está en que nuestro hombre suele hablar a veces de lo desesperado que estuvo alguna vez en la vida; lo terrible consiste en que su estado actual –después de haber superado la desesperación, según él mismo opina- es precisamente la desesperación. Y lo más cómico del caso está en que el fundamento de toda esa sabiduría de la vida, tan ensalzada en el mundo, y de todo ese repertorio satánico de buenos consejos y prudentes palabras –“deja que pase el tiempo”, “no te apures”, “todo se arreglará”, etc.- no es otro, entendiéndolo idealmente, que una completa estupidez que ni sabe dónde está el verdadero peligro ni en qué consiste... (p 93)

La desesperación por lo terrenal o por alguna cosa terrenal es la especie de desesperación más extendida, y sobre todo en su segunda forma, como inmediatez que contiene una pequeña dosis de reflexión... Y es que la mayoría de los hombres no han aprendido a temblar, no han aprendido los imperativos del deber, y de esa manera no les importa nada, absolutamente nada, todo lo que en ese orden les pueda acontecer. Por eso toleran sin inmutarse para nada el que en el mundo se considere eso de cuidarse uno de su propia alma y querer ser espíritu como una absoluta pérdida de tiempo... (p 93)

Como queda dicho, esta desesperación es la más común de todas; tan común, que sólo así se explica también esa creencia bastante general entre las gentes de negocios y vida activa, según la cual la desesperación deber ser algo pertinente de suyo a la juventud, algo que exclusivamente le acontece a uno en los años jóvenes, pero que no hay por qué andar buscándolo en los hombres de pelo en pecho, que ya hace tiempo alcanzaron la suficiente madurez de alma y cuerpo. Sin embargo, todo este modo de opinar no es más que... una equivocación desesperada que no tiene ojos para ver que la mayoría de los hombres, considerados en su esencialidad, no han avanzado en realidad a lo largo de toda su vida ni siquiera un paso más allá de lo que ya fueron durante la infancia o en la juventud, a saber: una pura inmediatez, cubierta de una pequeña dosis de reflexión... se dice, “con los años se van perdiendo también las ilusiones”... Lo que sucede es que en este punto suele pasarse por alto el hecho de que la ilusión reviste propiamente dos formas: una la de la esperanza y otra la del recuerdo. La juventud posee la ilusión de la esperanza y el adulto la del recuerdo... Los jóvenes viven en la ilusión, esperando que lo extraordinario surja del seno de la vida y de sí mismos; por el contrario, en los adultos la ilusión aparece con frecuencia

Estrechamente vinculada con el modo que éstos tienen de recordar su juventud... (pp 94-95)

Además, hay otra manera completamente distinta y desesperada de equivocarse pensando que la desesperación sólo pertenece a la juventud. En general, es una solemne tontería... creer que la fe y la sabiduría nos vienen con los años... Por muchas que sean las cosas a que el hombre llegue sin más... hay una que ciertamente no le llega de esa manera, a saber, la fe y la sabiduría. Pero el hecho es que el hombre, en el sentido espiritual, no llega sin más y con los años a ninguna cosa, ya que esta categoría, que implica la fatalidad y la ausencia de todo esfuerzo, está cabalmente en la oposición más enconada con el espíritu; al revés, lo que con los años y sin más suele suceder es que fatalmente siempre se va perdiendo algo. Con los años, por ejemplo, se va perdiendo quizá lo poco de pasión, sentimiento e imaginación que se tenía, y también la poca interioridad de que uno era dueño, para caer sin más –pues esto sí que puede ocurrir sin más- en una comprensión completamente trivial de la vida. Y es muy probable que el hombre inevitablemente desesperado considere como un bien esta nueva situación... como “una situación mucho mejor”, convenciéndose fácilmente -...- de que de ahora en adelante ya nunca jamás se le ocurrirá desesperar. Desde luego que no; ha tomado todas las medidas de seguridad posibles, porque está desesperado y sin un adarme de espiritualidad que lo revierta de la desesperación... ¡No es extraño que Sócrates, al conocer tanto a los hombres, amase a los jóvenes! (pp 95-96)

(Diferencia entre la desesperación del viejo y del joven) El joven desespera por el porvenir, como si se tratase de un presente en futuro; en el porvenir hay algo con lo que no quiere cargar el joven, con lo que no quiere ser sí mismo. En cambio, hombre de edad desespera por el pasado, como si este fuera un presente en pretérito, rebelde a ser cada vez más pasado..., porque, en realidad nuestro hombre no está tan desesperado como para haber logrado olvidar totalmente el pasado. Quizá este pasado sea algo que debiera provocar arrepentimiento... Sin embargo, tanto en el caso del joven como del hombre adulto, la desesperación es aquí esencialmente la misma, puesto que no se llega a ninguna metamorfosis que favorezca la pronta incorporación de la conciencia de lo eterno en el yo, con lo que podría desencadenarse la batalla de las dos

posibilidades: la de una desesperación todavía más profunda, o la de terminar alcanzando la fe. (pp 96-97)

... ¿Acaso no es una diferencia esencial la que intercede entre esas dos expresiones que hasta aquí hemos empleado de modo idéntico, a saber, desesperar por lo terrenal –que indica totalidad- y desesperar por alguna cosa terrenal –que indica lo particular-. La respuesta es afirmativa. Pues mientras el yo, fantásticamente, desespera con una pasión infinita por algo terrenal, esta misma pasión infinita es la que convierte ese algo particular en todo lo terrenal..., lo que quiere decir que la determinación de la totalidad de lo terreno es algo que radica y pertenece al desesperado mismo... (p 97)

b) La desesperación en torno a lo eterno o por uno mismo.

Desesperarse uno por lo temporal... equivale también, en el sentido propio, a la desesperación en torno a lo eterno y por uno mismo, ya que esta última es la verdadera desesperación y la fórmula de toda desesperación. A pesar de esto, el desesperado que se describió anteriormente no caía en la cuenta, por así decirlo, de lo que estaba sucediendo a sus espaldas. En general, esta clase de desesperados opina que lo están por lo temporal y, en consecuencia, no hacen más que hablar de estas o aquellas cosas temporales que los tiene desesperados, cuando en realidad están desesperados de lo eterno... (p 98)

Si la desesperación anterior era la de la debilidad, podemos afirmar que esta de ahora es una desesperación por su propia debilidad, forma que por otra parte -...- es distinta de la que trataremos en el apartado siguiente, es decir, de la “desesperación-desafío”... Aquí el mismo desesperado comprende que es una debilidad tomar tan a corazón lo temporal y también comprende que desesperar es una debilidad, pero en lugar de sacudirse el yugo de la desesperación para abrazarse a la fe, humillándose con su debilidad delante de Dios, lo único que hace es hundirse todavía más en tal desesperación y gemir desesperadamente por su debilidad. De esta manera su perspectiva se hace totalmente distinta y desde ella se da más cuenta de su desesperación, de que desespera en torno de lo eterno y por sí mismo, y de que exclusivamente la enorme debilidad que le domina es la causa de que le dé tanta importancia a lo temporal. Y así este hecho se convierte para él en una expresión desesperada de que ha perdido lo eterno y de que se ha perdido a sí mismo. (p 99)

De este modo ascendemos cada vez más. Por lo pronto en la conciencia del yo, pues es imposible desesperar acerca de lo eterno sin tener una idea del propio yo, de que hay algo eterno en él, o de que él contiene en sí algo eterno. Y para desesperar uno por sí mismo es preciso que tenga conciencia de poseer un yo, que es por el que en realidad desespera y no precisamente por lo temporal o por alguna cosa temporal. De esta manera, además, se tiene aquí un mayor conocimiento de lo que es la desesperación, ya que ésta consiste indudablemente en la pérdida de lo eterno y de uno mismo. Y, en consecuencia de todo esto, también se tiene una mayor conciencia acerca de que el propio estado de uno es la desesperación. Ahora la desesperación ya no es una mera pasividad sino una actividad. Porque cuando a un hombre se le arrebatara lo temporal y desespera, entonces la desesperación parece venir de lo exterior, aunque en realidad siempre viene del yo..., pero cuando el yo se pone a desesperar sobre esta su propia

desesperación, entonces podemos afirmar que esta nueva desesperación proviene del yo... esta forma de desesperación, precisamente por ser mucho más intensiva que la anterior, está en cierto sentido mucho más cerca de poder curarse. Porque es muy difícil de olvidar una desesperación tan profunda... (pp 99-100)

,,,; uno desesperadamente no quiere ser sí mismo... Desesperadamente no puede echar en el olvido esa debilidad y por eso se odia en cierto sentido a sí mismo, no queriendo humillarse como un creyente bajo el peso de su propia debilidad... No, nada de eso le servirá, porque el yo es mucho yo. Porque el yo desesperado no puede desentenderse del todo de sí mismo; le pasa un poco lo que les suele suceder a muchos padres que desheredan a sus hijos... pues no por eso llegaron a desligarse de sus hijos, ya que al menos no los podían echar del pensamiento... (p 100)

Esta desesperación es cualitativamente más profunda que la anterior y pertenece a la forma de desesperación que con menos frecuencia se da en el mundo. Aquella puerta condenada de la que se habla en el apartado precedente... es ahora una puerta real, pero cuidadosamente cerrada..., y tras ella está el yo -...- sentado y vigilándose a sí mismo, aunque todavía sea un yo con arrestos suficientes como para continuar amándose. A esto se le llama hermetismo... todo lo contrario de la inmediatez... (pp 100-101)

¿Acaso existe en la realidad un yo semejante? ... Claro que sí... pero los secretos íntimos de su propio yo no se los confía a nadie, ni siquiera a una sola alma. No siente impulso comunicativo, o ha aprendido a dominarlo a la perfección y sólo se escucha a sí mismo hablando sobre el particular. Según él dice: “en realidad sólo los hombres meramente inmediatos son los que no pueden guardar nada secreto... (como los niños)... Lo cierto es que todo yo que sea siquiera un poco reflexivo concibe perfectamente que al yo se le mantenga a raya. (p 101)

(Este hombre hermético), no raramente suele sentir un impulso vehemente hacia la soledad, como si esto fuera una necesidad vital para él... (esto) viene a ser otra prueba de que se trata de una naturaleza más profunda. En general, el impulso hacia la soledad siempre será un signo de que en el hombre hay en todo caso alguna espiritualidad... Sin embargo, tanto en la antigüedad como en la Edad Media se prestó mucho atención a este impulso hacia la soledad y se tenía un gran respeto por lo que significaba. En nuestro tiempo las cosas han cambiado muchísimo, pues el orden social establecido siente tanto espanto por la soledad que sólo sabe sacar partido de ella –lo que no deja de ser una enorme sátira- para castigo de los criminales... (pp 102-103)

De esta manera, el desesperado hermético, ocupado con la relación de su propio yo consigo mismo, sigue viviendo, sucesivamente, unas horas que aunque no vividas de suyo para la eternidad, sin embargo tienen que ver un poco con ella. Lo peor del caso es que nuestro desesperado está estancado ahí. Por eso, cuando pasadas unas horas, el impulso de la soledad ha quedado satisfecho, se puede decir que nuestro hombre vuelve a salir otra vez de sí mismo... Si alguien le fuera posible hacerse confidente de su secreto íntimo y, en consecuencia, le dijera a nuestro hombre: “tu hermetismo es soberbia, lo que tú tienes es mucho orgullo personal”..., entonces se cerraría mucho más en banda y no habría peligro de que le fuera a contar a nadie lo que le acababan de decir... ¡Como si no fuera precisamente la soberbia la que daba tanta

importancia a la debilidad! ¡Como si fuera cabalmente el orgullo personal lo que le impedía soportar el saberse débil!

Tampoco serviría de mucho el que alguien le dijese a nuestro hombre: “Amigo mío, estás metido en un extraño laberinto, en un considerable embrollo. Toda tu desgracia no está propiamente más que en el modo de enredarse el pensamiento. Porque lo que a ti te pasa no es nada de otro mundo, es bastante normal en éste y lo que tienes que hacer es seguir más adelante por ese mismo camino, hasta que a través de la desesperación en torno al yo llegues al propio yo. No te tiene que extrañar, amigo mío, todo eso de la debilidad; es también completamente normal, pero lo que no puedes hacer es desesperarte tanto por ella. No, el yo tiene que romperse y contrastarse para llegar a ser sí mismo, lo único que te hace falta es dejar de desesperar por todas esas cosas”. Todo esto, decíamos, tampoco iba a servir de mucho, pues si bien es cierto que nuestro hombre, en un momento desapasionado, daría la razón a su interlocutor, sin embargo, empujado de nuevo por la pasión, volverá en seguida a ver las cosas torcidas y continuará por el camino falso que se adentra en la desesperación... se verá con toda claridad cuán dialécticamente verdadero es que la primera expresión de la obstinación la constituye precisamente la desesperación que uno tiene respecto de su propia debilidad. (pp. 103-104)

... el suicidio es el peligro que más de cerca acecha al hombre taciturno... Y esto pone de manifiesto una vez más que el absolutamente taciturno no tiene otra salida que el suicidio... Pero... si el hermetismo no es total... y se decide a hablar a una única persona... es casi seguro que no se suicide... (p 105)

2. La desesperación de querer uno ser sí mismo, o la desesperación de la obstinación.

La desesperación descrita en el número anterior... venía ocasionada por la propia debilidad... el desesperado no quería ser sí mismo. Pero bastaría que se diese solamente un paso, en el sentido dialéctico, para que semejante desesperado caiga en la cuenta del verdadero motivo por el que no quiere ser sí mismo. Entonces todo cambiará automáticamente y hará acto de presencia la obstinación, ya que aquél cabalmente no quiere otra cosa que ser sí mismo. Este es el último rumbo de la desesperación. (p 106)

Primero llega la desesperación por lo temporal o por alguna cosa temporal, después la desesperación en torno a lo eterno y por uno mismo. Luego viene la obstinación -que propiamente es desesperación a expensas de lo eterno, es decir, el desesperado abuso de lo eterno que hay en el yo- y le lleva a uno a querer desesperadamente ser sí mismo. Pero precisamente por ser ésta una desesperación a expensas de lo eterno, se halla en cierto sentido muy cerca de la verdad; y precisamente porque está muy cerca de la verdad, está también infinitamente lejos de ella. La desesperación que constituye el tránsito hacia la fe es también desesperación a expensas de lo eterno; porque con la ayuda de lo eterno tiene el yo ánimos de perderse a sí mismo para ganarse. Aquí, por el contrario, el yo no quiere empezar perdiéndose, con el fin de ganarse, sino que a toda costa quiere ser sí mismo. (p 106)

Para que uno quiera desesperadamente ser sí mismo tiene que darse la conciencia de un yo infinito. Sin embargo, este yo infinito no es propiamente sino la más abstracta de las formas y la más abstracta de las posibilidades del yo. Y es cabalmente este yo el que el desesperado quiere

ser, desligando al yo de toda relación al Poder que lo fundamenta, o apartándolo de la idea de que tal Poder exista. Con el recurso de esta forma infinita pretende el yo, desesperadamente, disponer de sí mismo, o ser su propio creador, haciendo de su propio yo el yo que él quiere ser, determinando a su antojo todo lo que su yo concreto ha de tener consigo o ha de eliminar. Este su yo concreto o esta su concreción ha de contar sin duda con cierta necesidad y ciertos límites, ya que es algo completamente determinado, que tiene estas o las otras cualidades, estas o las otras disposiciones, etcétera, y que está delimitada por unas u otras circunstancias concretas, etc. Sin embargo, con el recurso a esa forma infinitamente abstracta que es el yo negativo, nuestro hombre quiere que se le dejen las manos libres desde el principio para conformar todas esas cosas a su capricho y así sacar de todo ello el yo que él quiere ser a expensas de esa forma infinita del yo negativo. Y sólo por este camino quiere ser sí mismo. Esto significa que nuestro hombre quiere empezar un poco antes que todos los demás hombres, pues no desea empezar con y mediante el principio, sino en el principio. Nuestro hombre no quiere revestirse con su propio yo, ni tampoco estima que su tarea haya de estar relacionada con el yo que se le ha dado, sino que personalmente quiere construirlo de raíz, encarnando aquella forma infinita. (pp 106-107)

(Lo anterior desembocaría en lo que llamamos estoicismo) Y para esclarecer todavía con mayor precisión esta forma de desesperación será mucho mejor que distingamos entre un yo activo y un yo pasivo, mostrando de paso cómo el primero se relaciona consigo mismo al actuar y, por su parte, cómo lo hace el segundo mientras está padeciendo algo, sin que por ello varíe en ningún caso la fórmula: querer desesperadamente ser sí mismo. (p 107)

Si el yo desesperado es un yo activo, entonces siempre se relacionará consigo mismo de una manera experimental, y esto por muy grandes y asombrosas que sean todas sus empresas, o por mucha que sea la tenacidad que ponga en ellas. No reconociendo ningún Poder sobre sí, le falta en última instancia la debida seriedad... En realidad se trata de una seriedad fraudulenta... (Cfr. Prometeo) Aquí lo que se pretende es robarle a Dios el pensamiento –en lo cual consiste la seriedad- de que Él nos mira, y en vez de esto el yo desesperado se contenta con mirarse a sí mismo, con el único propósito de prestar a todas sus empresas un interés y significado infinitos... Ahora bien, ningún yo derivado podrá entonces, en cuanto se mira, darse más de lo que es. Siempre será el mismo yo y nunca será ni más ni menos por mucho que se multiplique. Lo curioso es que con todo ese esfuerzo desesperado por querer ser sí mismo lo único que el yo consigue es no llegar a ser en realidad ningún yo. En toda esa dialéctica dentro de la cual trabajo no hay ningún punto de apoyo; lo que es el yo no está en ningún momento firme, es decir, eternamente firme... por mucho que se persiga una idea siempre quedará la acción correspondiente encerrada dentro de una hipótesis. Por este camino el yo está tan lejos de lograr llegar a ser cada vez más sí mismo, que en realidad lo único que hace es dejar cada vez más al descubierto que se trata de un yo hipotético. El yo en este caso es su propio señor, su propio dueño, y esto, según se dice, de una manera absoluta. Pero cabalmente en esto consiste la desesperación, aunque el desesperado también lo considera como su mayor placer y gozo. Sin embargo, al mirar la cosa más de cerca, no será nada difícil ver que ese señor absoluto no es más que un monarca sin reino y que en realidad sus dominios se extienden en la nada. Por eso su situación y su autoridad nunca dejan de estar sometidas a la ley dialéctica de la legitimidad de la rebelión. Porque en definitiva todo depende aquí de la arbitrariedad del mismo yo. (pp 107-108)

... este yo desesperado no hace más que construir castillos en el aire y siempre está luchando en las nubes... virtudes experimentales... Tanto dominio de sí mismo, tanta imperturbabilidad, tanta ataraxia... parecen casi límites de lo fabuloso. Desde luego, se trata en realidad de una fábula y en el fondo de todo no hay nada... (pp 108-109)

Si el yo desesperado es un yo pasivo no por eso dejará la desesperación de consistir en que uno quiera desesperadamente ser sí mismo. Quizá el yo experimentador de que acabamos de hablar y que de una manera desesperada quiere ser sí mismo ha llegado a chocar en un momento dado, en tanto que se orienta provisionalmente en la dirección de su yo concreto, con una que otra dificultad, con algo que los cristianos llamarían una cruz, un daño fundamental, fuera el que fuera. Quizá la primera intención del yo negativo (el yo que niega todos los datos de la concreción necesaria e inmediata, para lanzarse a sus anchas, infinitamente, por los derroteros de la abstracción más caprichosa) sea en este caso la de arrojar muy lejos esa cruz, haciendo como si no existiera y no mencionándola para nada... Entonces, como Prometeo, este yo infinito y negativo se sentirá inevitablemente aherrojado en esa esclavitud. Ya tenemos, pues, un yo que padece... (p 109)

... nuestro desesperado quiere tercamente ser sí mismo y obstinándose contra el aguijón no quiere estar sin él. Muy bien podría hacerse abstracción del mismo, pero nuestro desesperado no puede hacerla, ni tampoco está dispuesto a meterse por la dirección que lleva a la resignación. Nada de esto, lo único que quiere, tercamente, o a despecho de toda la existencia, es ser sí mismo con el aguijón bien clavado, hasta casi consolándose de sus tormentos. Porque esperar la posibilidad de un socorro, especialmente en fuerza del absurdo de que para Dios todo es posible..., eso no lo quiere él de ninguna manera. Ni tampoco quiere, por nada del mundo, buscar ayuda en cualquier otra persona. No, antes que buscar ayuda, nuestro desesperado prefiere ser sí mismo aun a costa de todos los tormentos del infierno. (p 110)

Y en verdad que no suele ser totalmente cierto lo que se quiere afirmar con la frase de “que todo el que sufre desearía de mil amores que le ayudasen los que podrían hacerlo”. Ni muchísimo menos... El fenómeno se explica de la siguiente forma. Por lo general uno que sufre tiene echada la vista, preferentemente, sobre uno o muchas de las maneras en que pudiera ser auxiliado y desearía serlo. Si se le auxilia de una de esas maneras no pone ningún reparo en que se le ayude. Pero la cosa cambia bastante cuando se trata de tener que ser socorrido en un sentido profundamente serio y sin ninguna condición, como es el caso de una ayuda superior o, sobre todo, de la ayuda suprema. Aquí hay que humillarse y recibir la ayuda sin poner en absoluto ningún reparo ni ninguna condición, anonadándose en las manos del auxiliador, del poderoso auxiliador a quien todo es posible. O simplemente si se tiene uno que inclinar ante otra persona cualquiera, debiendo renunciar a sí mismo durante todo el tiempo que dura la solicitud de la ayuda... Por eso prefiere en el fondo, so pretexto de ser sí mismo, quedarse solo con sus habituales sufrimientos, que sin duda son muchos e incluso duraderos y muy fuertes, pero que el yo en cuestión no le parecen tan intolerables como aquella humillación. (p 111)

Ahora bien, cuanto mayor sea la conciencia que hay en este yo pasivo que desesperadamente quiere ser sí mismo, tanto mayor será también la potencia de la desesperación, hasta que termine convirtiéndose en algo demoníaco... Lo único que le queda es su propio tormento, devorándole y haciendo que esté furioso contra todo al considerarse la víctima injusta del mundo entero y de toda la existencia... (pp 111-112)

SEGUNDA PARTE: La desesperación es el pecado.

LIBRO PRIMERO: La desesperación es el pecado.

Hay pecado cuando delante de Dios, o teniendo la idea de Dios, uno no quiere desesperadamente ser sí mismo, o desesperadamente quiere ser sí mismo. Por lo tanto, el pecado es la debilidad o la obstinación elevadas a la suma potencia; el pecado, pues es la elevación de la potencia de la desesperación. El acento cae aquí en ese delante de Dios, o en que se tenga al mismo tiempo la idea de Dios. Es precisamente esta idea de Dios la que en todos los sentidos, dialéctico, ético y religioso, hace que el pecado se convierta en lo que los juristas podrían llamar o llaman “desesperación cualificada” (p 117)

... toda existencia poética es cristianamente considerada un pecado; el pecado de soñar en lugar de ser, el pecado de relacionarse con el bien y la verdad a través de la fantasía en vez de esforzarse uno existencialmente por serlo... Nuestro poeta ama a Dios sobre todas las cosas y Dios es para él su único consuelo en medio de sus tormentos secretos, pero con todo ama también sus tormentos y no los soltará. Desea profundamente ser sí mismo delante de Dios, pero hecha excepción de ese punto fijo en el cual el yo está sufriendo, pues ahí desesperadamente no quiere ser sí mismo. Espera que en la eternidad desaparezcan todos esos dolores, pero aquí en la temporalidad, aunque son muy intensos, no está dispuesto a soportarlos con el ánimo y la humildad característicos del creyente... Claro que muy bien puede suceder, aunque quizá de una manera inconsciente, que nuestro poeta se esté formando en realidad una idea de Dios bastante distinta de la verdadera, poco más o menos como la de un padrazo que no tuviera otra cosa que hacer que dar plena satisfacción al único deseo del hijo... En fin, que nuestro desesperado poeta termina perdiéndose en la oscuridad, porque en definitiva no ha podido ni ha querido aceptar el sufrimiento.

... Nuestro poeta es en relación a lo religioso un amante desgraciado. Porque en el sentido riguroso no es un creyente, sino solamente posee la primera parte de la fe, la parte de la desesperación, y en ella se va consumiendo con la nostalgia de lo religioso. El conflicto de nuestro poeta es el siguiente: ¿acaso no es el llamado?; ¿el aguijón en la carne no manifiesta que su vida ha de ofrecerse en el servicio de una misión extraordinaria?...; por otra parte, ¿no será acaso el aguijón en la carne algo que él tiene que soportar humildemente para alcanzar, dejándose de misiones extraordinarias, lo común humano? (pp 117-119)

Capítulo I. Los grados de la conciencia del yo (la categoría: delante de Dios).

(Resumen de lo que ha pretendido en la primera parte:) un crecimiento gradual en la conciencia del yo. En primer lugar -...- ... de la inconsciencia que consistía en no saber que se poseía un yo eterno; a continuación -...- se vio lo concerniente a un saber de que se tenía un yo, en el cual a pesar de todo había algo eterno; y, finalmente, dentro de ese mismo capítulo y apartado -...- se volvieron a manifestar también diversos grados.

Ahora vamos a considerar en una forma dialéctica completamente nueva todos los términos de ese desarrollo... Ese crecimiento gradual de la conciencia del yo, tal como antes lo considerábamos, se movía dentro de la categoría del yo humano, o del yo cuya medida era el

hombre. Pero este yo alcanza una nueva cualidad y una nueva calificación al ser precisamente un yo delante de Dios. Ahora ese yo ha dejado de ser simplemente un yo humano para convertirse en lo que estoy dispuesto a llamar -...- el yo teológico, es decir, el yo precisamente delante de Dios... (p 121)

...¡qué rango infinito no adquiere el yo cuando Dios se convierte en medida suya! La medida del yo siempre es aquello ante lo cual precisamente el yo es lo que es en cuanto yo, pero esto es a su vez la definición de “la medida”. De la misma manera que no se pueden sumar más que cantidades del mismo orden, así también cualquier cosa es cualitativamente idéntica a aquella con que se mide. Ahora bien, lo que es la medida cualitativa de algo es también su meta en el sentido ético; medida y meta expresan, pues, la calidad de las cosas... (p 122)

La más antigua Dogmática tenía una idea muy exacta... cuando hacía hincapié en que lo terrible del pecado consistía en que se pecaba delante de Dios...no es extraño que recientemente algunos teólogos se hayan vuelto tan avisados que afirmen simplemente: el pecado es el pecado; el pecado no es mayor porque sea contra Dios o delante de Dios... (p 122)

Desde luego, la antigua Dogmática tenía razón al afirmar que lo que acrecentaba la gravedad del pecado era cabalmente el hecho de que éste fuese contra Dios. La equivocación estaba en que se consideraba a Dios como algo exterior y al mismo tiempo se suponía que solamente algunas veces se pecaba contra Dios. Sin embargo, Dios no es nada exterior, algo así como un policía. Aquí lo que importa decisivamente es que el yo tenga la idea de Dios, y, no obstante, no quiera lo que Dios quiere, ni se someta a su obediencia. Tampoco es verdad que solamente se peque contra Dios alguna vez; puesto que todo pecado es cometido delante de Dios o, dicho con mayor exactitud, lo que propiamente hace de una falta humana un pecado es el hecho de que el culpable tenga conciencia de existir delante de Dios. (pp 122-123)

Nuestro yo individual y concreto solamente llega a ser un yo infinito mediante la conciencia de que existe delante de Dios; y este yo es cabalmente el que se pone a pecar delante de Dios. Por eso, el egoísmo en el paganismo -...- era mucho menos calificado que el que hay dentro de la cristiandad, la cual sin duda no está tampoco libre del egoísmo. La razón de esta diferencia es muy sencilla, ya que el pagano no tenía su propio yo delante de Dios... (p 123) [Cfr. EE 39 (¿)]

Se peca, pues, cuando delante de Dios y desesperadamente no se quiere ser uno mismo, o cuando, también de una manera desesperada y delante de Dios, se quiere ser uno mismo. Pero, ¿acaso no es demasiado espiritual esta definición del pecado? Antes de responder a esta pregunta, digamos que... concuerda perfectamente con la Sagrada Escritura, ya que en ésta siempre se define el pecado como una desobediencia... Esto es lo grave, esa terquedad nuestra que estúpida o insolentemente se mantiene ignorante o pretende ignorar que el yo humano, en lo concerniente a sus deseos e ideas más secretos, le debe a Dios una obediencia profundísima, de suerte que todo él tenga que ser oídos y docilidad para captar y cumplir con absoluta prontitud la menor señal de la voluntad divina en cualquiera de sus designios respecto de ese nuestro yo humano... el hombre empieza pecando por fragilidad o por debilidad, y en seguida -...- se pone a desesperar con ocasión de su propia debilidad y entonces, o se hace un fariseo que de una

manera desesperada convierte todo en una cierta justificación legal, o desesperado se vuelve a hundir todavía más bajo en el pecado. (pp 124-125)

*Por tanto, aquella definición abarca todas las formas imaginables y reales del pecado. Además, destaca de una manera plenamente exacta los aspectos decisivos del pecado, a saber, que todo pecado es desesperación –ya que el pecado no es la furia salvaje de la carne y de la sangre, sino el consentimiento emparejado del espíritu-, y que todo pecado es precisamente delante de Dios... contrastar esa definición con su contraria, con la definición de la fe, que es como el faro luminoso al que no dejo de mirar ni por un momento en todo este escrito. La fe, en efecto, consiste en que el yo, siendo sí mismo y queriéndolo ser, se fundamenta lúcido en Dios...
... lo contrario del pecado es la fe, y por eso en Rom 14, 23 se nos dice: “Todo lo que no procede de fe es pecado”. Este es, desde luego, uno de los conceptos más discriminativos de todo el cristianismo, que lo contrario del pecado no es la virtud, sino la fe. (p 125)*

APÉNDICE

Que la definición de pecado implica la posibilidad del escándalo. Una anotación general acerca del escándalo.

Esta típica posición cristiana entre pecado y fe es la que transforma, cristianizándolos, todos los conceptos éticos los cuales reciben con ella un relieve más profundo. El motivo radical de esa oposición no es otro que el cristianamente decisivo encerrado en esa expresión “delante de Dios”, la cual representa a su vez la categoría conceptual que contiene el criterio decisivo de todo lo cristiano: el absurdo, la paradoja y la posibilidad de escándalo. La presencia de este criterio es muy importante en cualquier determinación de lo cristiano, ya que es el escándalo el que ampara al cristianismo contra toda especulación. ¿Dónde, pues, se encuentra aquí la posibilidad del escándalo? Esa posibilidad se encuentra en la necesidad de que el hombre tenga la siguiente realidad: que en cuanto individuo exista cabalmente delante de Dios; y, en segundo lugar, como consecuencia de lo anterior, que el pecado del hombre haya de ocupar a Dios. Este enfrentamiento decisivo del hombre individual con Dios es algo que nunca entrará en una cabeza especulativa. La especulación no hace más que universalizar fantásticamente a los hombres individuales dentro de la especie. Este afán especulativo es también el que ha hecho que un cristianismo infiel haya inventado eso de que el pecado es simplemente el pecado y que el que sea delante de Dios o no sea es algo que no hace al caso. En una palabra, que se ha querido eliminar esa categoría: “delante de Dios”, para tener expedito el camino de una sabiduría superior. Pero lo curioso es que tal sabiduría al fin de cuentas no es ni más ni menos -...- que antiguo paganismo. (p 126)

... ya va siendo hora de decir abiertamente que en realidad lo que hace que los hombres se escandalicen del cristianismo es su mucha elevación, porque su medida no es una medida humana y, en fin, porque pretende convertir a los hombres en algo tan extraordinario que a éstos no les puede caber en la cabeza... Cristo... muchas veces y lleno de preocupación nos advirtió contra el escándalo, haciendo hincapié en su posibilidad y necesidad. (Ejemplo del emperador que se le antoja convertir un humilde jornalero en su yerno. Sospecha del jornalero de que sea una burla). Y ahora supongamos que la única efectividad (de llegar a ser yerno) en el caso era la fe y, en consecuencia, todo quedaba sometido a la fe y a expensas de que el jornalero tuviese el

suficiente coraje, propio de la humildad, para atreverse a creerlo. Nótese bien que decimos un coraje propio de la humildad, pues el coraje de la insolencia nunca podrá ayudarnos a creer. ...¿Cuántos jornaleros tendrían ese coraje? (pp 126-128)

... el cristianismo precisamente enseña que este hombre individuo existe delante de Dios. Este hombre individuo, sea quien sea, hombre o mujer, criada o ministro... existe delante de Dios y que puede hablar con Dios siempre que quiera, seguro de que Dios lo escuchará. Sí, a este hombre individuo se le ofrece la oportunidad de vivir en la relación más íntima con Dios. Y todo esto después que Dios también vino al mundo por él, tomó carne humana, padeció y murió. ¡Y este Dios sufriente, casi poniéndose de rodillas, le ruega a ese hombre individuo que tenga a bien aceptar la ayuda que se le ofrece! Desde luego, si hay algo en el mundo capaz de hacer perder la razón a un hombre es precisamente eso. ¿Quién, de no tener el coraje humilde de atreverse a creer, no se escandalizará? Pero, ¿por qué se tiene que escandalizar? Muy sencillo, porque todo eso es demasiado alto para él, porque no le puede caber en la cabeza... (p 129)

¿Qué es, en definitiva, el escándalo? El escándalo es una admiración desgraciada. Por eso está emparentado con la envidia, pero ésta es una envidia que se vuelve contra uno mismo; o, más exactamente dicho, es una envidia que se ensaña con uno mismo todo lo que puede. La estrechez de corazón característica del hombre natural es incapaz de someterse a lo extraordinario que Dios tenía destinado para él. Así es como se escandaliza. (p 129)

El grado del escándalo varía según la pasión que un hombre ponga en la admiración. Los hombres de naturaleza más prosaica, sin imaginación y apasionamiento —y, en consecuencia, tampoco muy aptos para la admiración— llegan también a escandalizarse, pero se suelen limitar a encogerse de hombros, diciendo: “Todo esto no me cabe en la cabeza, mas dejémoslo en tal estado”. Estos son los escépticos. Pero cuanto mayor sea la pasión y la imaginación que un hombre tiene, tanto más cerca estará también, en el sentido de la posibilidad, de llegar a hacerse creyente. Notémoslo bien: si se pone en actitud de adoración y se humilla ante lo extraordinario... (pp 129-130)

Si se quiere llegar a entender el tema del escándalo ha de estudiarse el de la envidia humana... La envidia es una admiración disimulada. ... La admiración es un abandono feliz, la envidia, en cambio, no es más que una desgraciada reivindicación personal.

Lo mismo acontece también con el escándalo. Pues lo que en la relación entre seres humanos representan los extremos opuestos de la admiración y de la envidia, viene a ser reemplazado en la relación entre Dios y el hombre por la adoración o por el escándalo. La summa summarum de toda humana sabiduría es ese “dorado” -...- ni quid nimis, según el cual demasiado poco o mucho en demasía lo echan a perder todo... Pero el cristianismo ha entablado una lucha enorme para superar ese ne quid nimis, adentrándose por el camino del absurdo. Aquí empieza el cristianismo..., o el escándalo. (p 130-131)

Con esto se vuelve a poner de manifiesto cuán extraordinariamente necia -...- es la pretensión de defender el cristianismo... ¿qué diremos de lo cristiano? Pues que quien lo defiende, jamás ha creído en ello. Porque si lo cree, entonces el entusiasmo de la fe nunca es una defensa, sino que es un ataque y una victoria. Un creyente es siempre un vencedor.

Esto es lo que pasa con el cristianismo y con el escándalo. La posibilidad del escándalo está bien patente en la misma definición cristiana del pecado. Todo gira en torno a ese “delante de Dios”. El pagano y el hombre natural están de acuerdo en conceder que el pecado existe, pero ese “delante de Dios”, que es lo que propiamente hace que el pecado sea pecado, representa para ellos una exageración enorme e inconcebible. Esto sería a sus ojos -...- dar demasiada importancia a la existencia humana... (p 131)

Capítulo II. La definición socrática del pecado.

El pecado es ignorancia. Como es cosa bien sabida, ésta es la definición socrática del pecado, la cual por cierto, como siempre nos acontece con todo lo que arranca de Sócrates, constituye una instancia muy digna de tenerse en cuenta... ¡Cuántísimos no han sentido ya el impulso de superar del todo la ignorancia socrática! Y lo más probable es que ese impulso naciera en ellos porque tenían la impresión de que les era imposible mantenerse en los linderos de esa ignorancia. Porque, indudablemente, en cada generación hay muy pocos hombres que estén dispuestos, siquiera sea por sólo un mes, a soportar la carga que supone el tener que expresar de un modo existencial una ignorancia absoluta.

... La definición socrática es una definición típicamente griega y como toda otra definición que no sea rigurosamente cristiana en el sentido más estricto -...- no podrá por menos de dejar al descubierto su profundo vacío.

Concretamente, el defecto de la definición socrática consiste en que no llega a precisar cómo ha de entenderse esa misma ignorancia, ni tampoco su origen y otras particularidades. Porque, desde luego, no se puede negar que el pecado es ignorancia en cierto sentido -el cristianismo lo llamaría más bien necesidad-, pero falta que se responda a la pregunta: ¿Qué ignorancia es esa? ¿Es una ignorancia originaria, de suerte que el que la padece ha estado siempre en ella y hasta la fecha no ha podido saber nada acerca de la verdad?... (pero) nos sale al paso otra pregunta. A saber, ¿tenía el hombre conciencia clara de lo que hacía al empezar a oscurecer el conocimiento?... si se supone que el hombre tenía conciencia clara de lo que hacía cuando empezó a oscurecer el conocimiento, entonces es evidente que el pecado no dimana del conocimiento -si bien aquél no deja de ser ignorancia en cuanto al resultado-, sino que dimana de la voluntad... Sin embargo, la definición socrática no se mezcla propiamente con ninguna de esas preguntas. Sócrates era indudablemente un ético. La antigüedad no ha sido parca en reconocérselo, ya que todos le llaman el padre de la Ética. Sí, él fue y siempre será el primero en su género. Pero empezó con la ignorancia. Sócrates tiende intelectualmente a la ignorancia, a no saber nada. ... Lo que no podemos decir es que Sócrates fuese un moralista esencialmente religioso y mucho menos -en la debida correspondencia cristiana- que fuese un dogmático. Por eso, Sócrates ni siquiera se introduce en realidad en toda esa investigación con la empieza el cristianismo, no se introduce en ese radicalismo en el que el pecado se presupone a sí mismo y encuentra la explicación cristiana en el dogma del pecado original...

Por lo tanto, Sócrates deja intacto en realidad el concepto del pecado, y no puede haber duda que eso significa un defecto enorme cuando se trata de definir el pecado... Si el pecado es ignorancia, entonces propiamente no existe..., ya que el pecado es cabalmente conciencia. Si el pecado, como afirma Sócrates muy a menudo, consiste en que se ignora lo que es justo y por eso se hace lo que es injusto, entonces el pecado no existe... nunca llegará el caso en que un hombre

cometa una injusticia a sabiendas de lo que es justo, o a sabiendas de lo que es injusto. Es, pues, evidente que si la definición socrática es correcta, el pecado no puede existir en absoluto.

Desde luego, la anterior conclusión es perfectamente lógica desde la perspectiva cristiana, y lo es en un sentido especialmente profundo... En efecto, el concepto que señala la más radical diferencia cualitativa entre el cristianismo y el paganismo es el del pecado, la doctrina del pecado. Por esta razón el cristianismo supone con toda lógica que ni el pagano ni el hombre natural saben lo que es el pecado. Sí, el cristianismo está suponiendo a gritos que es necesaria la revelación divina para saberlo. (Y no la doctrina de la reconciliación o la redención)...

... ¿qué categoría le falta a Sócrates en su definición del pecado? Le falta la categoría de la voluntad, del desafío. La intelectualidad griega era demasiado feliz, demasiado ingenua, demasiado estética, demasiado irónica, demasiado ingeniosa -en una palabra, demasiado pecadora en cierto sentido- como para que le entrase en la cabeza que alguien dejara de hacer el bien a sabiendas, o que a sabiendas de lo que era justo cometiese una injusticia. El helenismo establece un imperativo categórico intelectual.

...(Pero) no hemos de pasar por alto la gran verdad que se encierra en el principio de la ignorancia socrática. Sobre todo, en estos tiempos en que muchos les domina el prurito de lanzarse por los derroteros de una ciencia hinchada y estéril..., de suerte que los hombres tienen ahora, todavía mucho más que en la misma época de Sócrates, una necesidad acuciante de que se les imponga una no pequeña dieta socrática. Uno no sabe si reírse o ponerse a llorar cuando oye toda esa retahíla de seguridades de que muchos hacen gala a propósito de haber comprendido y entendido a la perfección qué cosa sea el bien supremo, al mismo tiempo que... no pocos... aciertan... a hacer exposición de ese mismo bien supremo. Pero lo que más provoca en uno la risa o el llanto es verificar que todo ese saber y toda esa comprensión no representan en absoluto ninguna virtud operante en la vida de los hombres, hasta el punto de que éstos no solamente no expresan con su vida, aunque fuera de una manera muy lejana, que han comprendido, sino que cabalmente expresan en la práctica todo lo contrario... (pp 133-136)

... lo que resulta infinitamente cómico es que un hombre haga hincapié y nos diga cuál es lo justo –mostrando por esta parte que lo ha comprendido- y en el momento de actuar nos salga cometiendo toda clase de injusticias –con lo que demuestra que no ha comprendido en absoluto... (cfr. ejemplos)... ¿Quién no dirá que todo esto es infinitamente cómico? (cfr. ejemplos de los que se llaman cristianos)... ¿Cómo diablos es posible, oh Sócrates, Sócrates, Sócrates, que esos hombres hayan comprendido lo que dicen haber comprendido?” Esto lo he dicho muchas veces, y también he de confesar que muchas veces he deseado que Sócrates tuviera razón...

... Si un hombre no hace lo que es justo, con ello también demuestra que no ha comprendido. Su comprensión es un ensueño... Si uno hace lo que es justo, entonces de seguro no peca; y si no lo hace, entonces es claro que no ha comprendido. La verdadera comprensión de lo que es justo le impulsaría inmediatamente a cumplirlo, convirtiendo toda su vida en un eco simultáneo de su comprensión; lo que demuestra que el pecado es ignorancia.

¿Dónde radica, pues, el defecto de esa definición? Ese defecto está -...- en la ausencia de una categoría dialéctica para hacer el tránsito del haber comprendido al cumplimiento correspondiente. En el quicio de esta transición comienza lo cristiano, y por este camino llega a manifestar que el pecado radica en la voluntad y así alcanza el concepto de desafío. Y todavía no se contenta con esto el cristianismo, sino que para tocar el fondo del problema recurre en última instancia al dogma del pecado original... (pp 137-139)

En la filosofía de la pura idealidad, donde no se habla para nada del hombre real e individual, la transición es necesaria... o dicho con otras palabras, en la idealidad pura no hay ninguna dificultad emparejada con el tránsito del entender al cumplir... ¿Qué otra cosa significan el cogito ergo sum, o la identidad del pensar y del ser? En cambio en el lenguaje cristiano se dice: 'Hágase en ti conforme a tu fe' (Mt 9,29), o dicho de otra manera, según crees, así eres tú; en una palabra: creer es ser. Y más adelante prosigue: En la vida del espíritu no se da ningún reposo -en realidad tampoco se da ningún estado, sino que todo es actualidad. Por lo tanto, si un hombre no pone en práctica lo justo inmediatamente que lo ha reconocido, entonces, sin lugar a dudas, lo primero que empieza a paralizarse es el conocimiento. Y en seguida se plantea la cuestión de qué es lo que la voluntad estima acerca de lo conocido. La voluntad es un agente dialéctico, y un agente además que tiene las riendas de toda la naturaleza inferior del hombre. Si la voluntad no encuentra en definitiva estimable el producto del conocimiento, ello no significa, como cabría esperar, que se ponga en seguida a hacer lo contrario de lo que la inteligencia había captado. Tales contradicciones entre ambas facultades suelen ser muy raras en la práctica. Por eso, lo que la voluntad suele hacer en ese caso es dejar que pase algún tiempo, una especie de tiempo de tregua, con lo que se queda tranquila y como diciendo: ¡mañana veremos! Entretanto el conocimiento se va oscureciendo todavía más y la naturaleza inferior, por su parte, va acreciendo su victoria. Desde luego es preciso que el bien se haga inmediatamente que es conocido, sin perder ni siquiera un segundo. Por eso mismo resulta tan fácil para la especulación pura el tránsito del pensar al ser, pues allí todo acontece inmediatamente. ¡Lástima que sólo sea en las nubes! En cambio, las fuerzas inferiores del hombre aumentan su poderío en las dilaciones. Y así, la voluntad se va haciendo poco a poco a las dilaciones y no tardamos mucho en encontrarla casi con las manos en la masa. Y cuando el conocimiento correspondiente se ha ido oscureciendo al mismo ritmo lento y apaciguador, entonces..., ya podrán entenderse mutuamente y mucho mejor el entendimiento y la voluntad..., hasta que al final se pongan de perfecto acuerdo y aquél se haya pasado del todo al lado de la voluntad, ya que entiende que es perfectamente congruo lo que ella quiere.

Es muy probable que una inmensa mayoría de los hombres vivan de esa manera tan mediocre y que así se pasen toda la vida trabajando en el oscurecimiento de sus conocimientos éticos y ético-religiosos, que con sus decisiones y consecuencias los llevarían a comportarse de un modo que no agrada a la naturaleza inferior del hombre... para compensarse de este entuerto se dedican con mucho ahínco a desarrollar todos sus conocimientos estéticos y metafísicos, los cuales éticamente no son más que una distracción. (pp 139-141)

Sin embargo, con todo eso no hemos superado todavía el socratismo...el helenismo -al enunciar que un individuo comete una injusticia dándose cuenta de ello y a sabiendas de lo que es la justicia- no tiene ánimos para seguir adelante y como echando una mano al que así obra, nos dice con insistencia: el que hace lo que es injusto es porque no ha comprendido lo que es justo.

Completamente exacto. Y podemos afirmar que ningún hombre es capaz de suyo de dar un paso más adelante. Ningún hombre a solas y por sí mismo es capaz de enunciar lo que sea el pecado, precisamente porque está en el pecado. Todos sus discursos acerca del pecado no son en el fondo más que meros paliativos del pecado y meras disculpas, lo que es todavía peor, atenuaciones culpables. Por eso el cristianismo comienza de otra manera bien distinta, declarando la necesidad de una revelación divina que esclarezca al hombre lo que es pecado, a

saber, que el pecado no consiste en que el hombre no haya comprendido lo que es justo, sino en que no quiera comprenderlo ni quiera cumplirlo.

Aquí es donde falla Sócrates... respecto a la distinción entre poder entender y querer entender, podemos afirmar que Sócrates no esclareció en realidad nada. Sócrates no hace más que poner en claro que el que no cumple lo que es justo es porque no lo ha comprendido. En cambio, el cristianismo toma las aguas desde un poco más arriba y nos dice: eso es porque no quiere comprenderlo y, en última instancia, porque no es amigo de la justicia. Y, esto supuesto, la enseñanza cristiana nos dice abiertamente que el hombre comete la injusticia - y en esto consiste propiamente el desafío y la obstinación- a pesar de haber comprendido muy bien lo que es justo; o, viceversa, deja de hacer lo que es justo, sabiendo muy bien lo que es la justicia. En definitiva, que la enseñanza cristiana se convierte en un constante acoso para el hombre, en una acusación reiterada y en una como requisitoria que el mismo tribunal divino cree conveniente poner demandando al hombre. (pp 141-142)

...lo que no deja de ser curioso, es una verdad cristiana que el pecado consiste en la ignorancia, a saber, en la ignorancia de lo que el pecado sea.

(Por tanto)... Hay pecado cuando, una vez que mediante una revelación divina ha quedado esclarecido qué cosa sea el pecado, uno no quiere desesperadamente y delante de Dios ser sí mismo, o cuando, también de una manera desesperadamente y delante de Dios, quiere ser sí mismo. (p 143)

Capítulo III. El pecado no es una negación, sino una posición.

Esto es lo que siempre ha sostenido la Dogmática ortodoxa y, en general, la ortodoxia, rechazando como panteísta toda definición del pecado que lo redujera a algo simplemente negativo, como por ejemplo, la debilidad, la sensualidad, la finitud, la ignorancia u otras cosas parecidas... La ortodoxia ha visto claramente que todo el cristianismo se derrumbaba en cuanto se determinara el pecado de una manera negativa. Por esta razón, la ortodoxia hace hincapié en que es necesaria una revelación divina para enseñar al hombre caído lo que es el pecado. Esta comunicación revelada, como es lógico, es algo que tiene que ser creído, puesto que se trata de un dogma. Y ya se entiende, estas tres categorías -la paradoja, la fe y el dogma- constituyen una alianza tan perfecta que se convierten en el sostén y parapeto más seguros contra toda sabiduría pagana. (p 145)

...preferimos ajustarnos siempre al principio cristiano de que el pecado es una posición. Notando bien, naturalmente, que no se trata de un principio inteligible, sino de una especie de paradoja que ha de ser creída. Según mi opinión, esto es lo exacto. Después de todos los intentos de inteligibilidad no han servido más que para poner de manifiesto la íntima contradicción del asunto, terminemos por verlo situado en su auténtica pista y como algo que evidentemente ha de ser referido a la esfera de la fe, es decir, a la alternativa de si uno, personalmente quiere o no creerlo.

Comprendo a las mil maravillas -...- que todos los que no se contentan con menos que llegar a comprenderlo todo, o no están dispuestos a ver con buenos ojos sino lo que se manifieste abierto a la comprensión..., comprendo muy bien, repito, que todos esos estimen demasiado pobre todo lo que estamos diciendo. Pero, ¿qué mérito tiene querer comprenderlo todo si el cristianismo

entero estriba en que sea creído y no precisamente comprendido? ¿Qué mérito puede tener eso si ante el cristianismo no queda otra alternativa que la de creerlo o escandalizarse? ¿Acaso no será más bien una desvergüenza que un mérito –o en el mejor de los casos una absurda irreflexión- el querer comprender lo que no quiere ser comprendido?... (pp 147-148)

... la desesperación no viene de fuera sino de dentro. Y en la medida en que viene de dentro se hace también más y más positiva. Pero en virtud de la definición que anteriormente dimos del pecado, éste implica la realidad de un yo infinitamente potenciado según la idea de Dios que posea, con la cual se alcanza el máximo de conciencia posible en torno al pecado en cuanto acto. Y aquí tenemos, en definitiva, la expresión de que el pecado es una posición, consistiendo cabalmente su positividad en que lo es delante de Dios. (p 149)

(Paradoja entre pecado como ‘posición’ y la redención) En primer lugar el cristianismo se decide a establecer firmemente la positividad del pecado, de tal modo que jamás podrá comprenderlo la razón humana; y luego, esa misma enseñanza cristiana se encarga a su vez de eliminar la posición aludida, de una manera no menos inconcebible para la razón humana. La especulación, que no es amiga de las paradojas, suele rebajar un poco cada uno de los extremos anteriores para las componendas... el cristianismo -que es el primer descubridor de paradojas- se muestra aquí tan paradójal como de costumbre. Porque empieza como trabajando en contra, al hacer tanto hincapié en que el pecado es una posición que al fin de cuentas parece totalmente imposible que se logre eliminar..., y, sin embargo, es precisamente el cristianismo el que mediante la doctrina de la redención pretende nada menos que eliminar del todo el pecado, de suerte que quede como ahogado en el mar. (pp 149-150)

Apéndice a este Libro primero.

¿Acaso no se convierte así el pecado en algo muy raro? (La moraleja).

(Supuesta la definición que hemos dado del pecado, p.143), es una cosa totalmente cierta que hay muy pocos hombres que estén tan desarrollados y que sean tan lúcidos como para que se les pueda aplicar esa definición en su modo de comportarse. Pero, ¿qué es lo que se sigue de todo esto? (La mayoría de los hombres son unos desesperados)... tampoco es una ventaja el estar desesperado en un grado superior. Estéticamente esto puede constituir una ventaja, pues la estética no atiende más que a la energía que se pone en un fenómeno; pero, éticamente, un grado superior de la desesperación aleja mucho más de la salvación que un grado inferior.

Y esto mismo es lo que acontece también con el pecado. Considerándolo con una total indiferencia dialéctica se puede afirmar que la vida de la mayoría de los hombres está tan alejada del bien -es decir, de la fe- que casi es demasiado inespíritual como para que se la llame pecado o se la llame desesperación.

El ser pecador en el sentido más estricto de la palabra no es ciertamente, ni muchísimo menos, nada meritorio. Pero, por otra parte, ¿cómo se podrá encontrar en todo el mundo una conciencia esencial de pecado- que es cabalmente la conciencia que el cristianismo quiere que se tenga-, cuando la vida humana se ha hundido de una manera tan lamentable en la mediocridad y todos, como monos de imitación, desean ser como “los demás”, hasta tal punto que casi es imposible llamar a eso vida? O es una vida, a lo sumo, tan falta de espiritualidad que

no merece llamarse pecado, sino que, según dice la misma Escritura, merece “que se la vomite”. (pp 150-151)

... ha de decirse, con toda la franqueza posible, que la así llamada cristiandad no solamente es una edición averiada de lo cristiano, una edición llena de erratas embarazosas y añadiduras sin sentido, sino que, sobre todo, es un auténtico abuso y profanación del cristianismo... En un pequeño país apenas nacen tres poetas cada generación, pero sacerdotes en número incontable, machismos más de los que puedan necesitarse. (Se necesita vocación). Y sin embargo, un verdadero sacerdote es todavía más raro que un verdadero poeta. (La palabra ‘vocación’ pertenece a la esfera religiosa. Para muchos, un sacerdote) no es más que un modo de ganarse el pan...

... La desgracia no está precisamente en el hecho de que no se hable ya de lo cristiano -como tampoco sería una desgracia que en ese mismo sentido hubiese falta de sacerdotes. No, la desgracia está en que la muchedumbre de los hombres hable de tal manera de lo cristiano que ya no piense absolutamente en nada cuando lo menciona -del mismo modo que esa muchedumbre cuando piensa en lo de ser sacerdote no tiene en la cabeza nada más que una mera equivalencia a lo de ser comerciante... En una palabra, que entre toda esa gente ya no hace ninguna impresión lo sagrado y lo sublime... En esta situación... ¿qué tiene de extraño que los hombres hayan creído necesario hacer la defensa del cristianismo?

Sin embargo, un sacerdote debería ser sin duda ninguna un creyente. Y ¡qué creyente! Ahora bien, un creyente es ciertamente un enamorado. Y el más enamorado de todos los enamorados no es en realidad y en lo relativo al entusiasmo más que un mozalbete en comparación con un creyente. Pensemos ahora lo que ocurre con un enamorado. ¿No es verdad que sería capaz de pasarse continuamente, los días enteros con sus noches, hablando de su enamoramiento? ¿Acaso te parece que se le pasaría por las mientes la idea de que no era decoroso hablar de esa manera y que, en consecuencia, se sentiría obligado a demostrar por tres razones que a pesar de todo había algo de sólido en lo de estar enamorado? ¡Imposible, imposible! Esto no se le ocurre a ningún enamorado. En cambio, a no pocos sacerdotes les parece oportuno demostrar por tres razones que rezar, por ejemplo, es cosa muy provechosa... Esto es evidente... las razones no tienen más remedio que moverse dentro del campo inteligible. Desde luego, respecto de aquello que sobrepasa todo entendimiento -lo mismo que para quien tiene fe en ello- tres razones o tres argumentos no significan más que tres botellas vacías o tres ciervos disecados y colgados de una pared como figuras decorativas.

Y sigamos con el caso del enamorado. ¿Crees tú que a un enamorado se le iba a ocurrir entablar una defensa de su enamoramiento?... Todo esto equivaldría a obligarle, por las buenas o por las malas, a que concediera que no estaba enamorado o en trance de enamoramiento. Pero nadie será capaz de obligarle a semejante cosa...

Todo esto pone de manifiesto de una manera clarísima que el que está realmente enamorado no pierde el tiempo en hacer demostraciones con tres argumentos o en hacer defensas; pues él mismo es aquello que vale más que todos los argumentos y que cualquier defensa, a saber, él mismo es un enamorado. Lo único que hace es querer dar a entender que lo está, pero desgraciadamente -o felizmente- lo hace tan neciamente que no demuestra sino que no lo está.

Este es cabalmente el modo de hablar acerca del cristianismo de que hacen gala los creyentes sacerdotes, intentando “defenderlo”, o transponiéndolo en “argumentos”, cuando no hacen otras chapuzas como la de apresararlo en “conceptos”. Y lo curioso es que a esto se le llama

predicar y que todo el mundo dentro de la cristiandad se hace lenguas considerando todas esas maravillas de predicadores y auditorios por el estilo. Y ésta es cabalmente la razón -¡sí, éste es el argumento que lo demuestra bien a las claras!- de que la cristiandad esté tan lejos de ser lo que se llama, puesto que la inmensa mayoría de los hombres que en ella habitan y la constituyen, llevan una vida cristianamente tan poco espiritual que en definitiva no se puede decir que sea pecado en estricto sentido cristiano de la palabra. (pp 152-154)

LIBRO SEGUNDO

La progresión del pecado.

Todo estado continuado de pecado es un nuevo pecado; o, dicho con mayor exactitud y en el sentido en que iremos desarrollándolo a continuación: la permanencia en el pecado es el nuevo pecado, es, sencillamente, el pecado ... “todo lo que no proceda de la fe es pecado”. Por eso, cualquier pecado del que uno no se haya arrepentido constituye un nuevo pecado y en cada momento que pasemos sin arrepentirnos estamos cometiendo un nuevo pecado. Sin embargo, ¡qué pocos son los hombres que conservan una continuidad respecto de su conciencia interior! Por lo general, los hombres solamente tienen conciencia de sí mismos en algunos momentos y en las ocasiones muy decisivas, pero en lo cotidiano esa conciencia no aparece para nada. En cuanto espíritu apenas existen una hora a la semana..., cosa que, evidentemente, representa un modo bastante brutal de ser espíritu. Pero la eternidad es la continuidad esencial que reclama del hombre que permanezca lo que es, es decir, que sea consciente en cuanto espíritu y que tenga fe. En cambio, el pecador está tan entregado a la fuerza del pecado que no tiene ninguna idea de su total definición característica, ignorado también que está metido de lleno en el camino de la perdición. El pobre pecador cree que son los nuevos pecados los que le participan con una velocidad acelerada por esa ruta de la perdición, como si en el momento precedente no se encontrara ya de camino con la vertiginosidad de todos los pecados anteriores. Tan natural se le ha hecho el pecado, o de tal modo el pecado se le ha convertido en su segunda naturaleza, que nuestro hombre encuentra la cotidianidad completamente en orden y sólo se para un momento que otro, cada vez que, por así decirlo, un nuevo pecado le sirve para adquirir nueva velocidad. En su perdición está tan ciego que no ve que toda su vida es una progresión del pecado, en vez de entrañar la continuidad esencial de lo eterno, siendo por la fe delante de Dios. (pp 155-156)

Pero, ¿por qué hablamos tanto de la “continuidad del pecado”? ¿Acaso el pecado no es cabalmente lo discontinuo? Con esta dificultad vuelven a hacer acto de presencia los que afirman que el pecado no es más que una negación, es decir, algo tan fugitivo que nunca puede obtener carta de ciudadanía y que es tan imposible que prescriba como lo es el caso de los bienes robados. Por lo tanto, según estos filósofos, el pecado es meramente una negación, un intento inútil de continuarse, un intento que no llega a conseguir lo que quiere, retorciéndose en la obstinación desesperada de todos los suplicios de la impotencia. Lo curioso es que todo esto es en teoría exacto, pero cristianamente el pecado es una posición que se va desenvolviendo por sí misma en una continuidad cada vez más positiva. Claro, según hemos dicho, que esto no es objeto de la especulación, sino que es algo en lo que hay que creer, puesto que se trata de una paradoja imposible de comprender humanamente. (p 156)

(El pecado no es como una deuda)... *el pecado crece a cada instante en que no se salga de él. Por eso el pecador no tiene razón, ni muchísimo menos, cuando considera que el pecado aumenta solamente con cada nuevo pecado, pues en el sentido cristiano es realmente mayor pecado el estado mismo de pecado, y éste es el nuevo pecado... El estado de pecado es el pecado en el sentido más profundo, los pecados particulares no son la continuidad del pecado, sino la expresión de esa continuidad. Lo único que ocurre es que con ocasión de cada nuevo pecado particular se nota de un modo más sensible la marcha del pecado.*

La permanencia en el pecado es peor que los pecados aislados, es el pecado... Esto significa que el pecado es una consecuencia dentro de sí mismo y que, además, encierra una cierta fuerza dentro de esa misma continuidad consecutiva del mal... (pp 156-157)

En realidad, la inmensa mayoría de los hombres viven con muy poca conciencia de sí mismos, con tan poca que no es extraño que no tengan ni idea de lo que es la consecuencia. En una palabra, que no existen en cuanto espíritu... Podemos decir que para ellos la vida no es más que un juego en que se toma parte, pero sin que jamás se llegue a arriesgar el todo por el todo o representarse la vida como una consecuencia infinita y cerrada. Por eso, entre ellos, no hacen más que hablar de las cosas particulares, de algunas buenas acciones aisladas o de tales o cuales pecados aislados. (pp 157-158)

Toda existencia que esté dominada por el espíritu, incluso cuando éste se considere autónomo y plenamente dueño de sus actos y responsabilidades, contendrá siempre y de un modo esencial una consecuencia interior y trascendente, al menos trascendente en una idea. Ahora bien, todo el que exista de esta manera no podrá por menos de tener un temor infinito a cualquier inconsecuencia, puesto que también es infinita la idea que se ha hecho acerca de cuál podría ser la consecuencia. ¡Sí, ésta muy bien podría ser la de que quedase desgajado de la totalidad en que había instalado su vida! Por eso, la menor inconsecuencia representa para él una pérdida enorme, ya que sin duda perdería el encadenamiento de la consecuencia. Y entonces, en el mismo momento, probablemente quedaría roto todo el hechizo, desarmado el poder misterioso que liga todas las fuerzas en un solo haz de armonía y agarrotado el resorte de la acción. Entonces, probablemente, todo sería un caos de fuerzas arremolinadas luchando unas contra otras hasta destrozarse el yo, que se debatiría en tanto suplicio, pero sin lograr ningún acuerdo consigo mismo y habiendo perdido toda velocidad y todo ímpetu... ahora, naturalmente, el desconcierto es tanto mayor cuanto más complicada y grandiosa era esa máquina. Por eso el creyente, asegurándose su descanso, ha puesto toda su vida en la consecuencia del bien y tiene un temor infinito a cualquier pecado, por pequeño que sea, pues con ello arriesgaría una ganancia infinita. En cambio, los hombres que viven en la inmediatez y son infantiles hasta más no poder, no tienen ninguna totalidad que perder, solamente pierden y ganan en el mercado de las cosas particulares y aisladas. (p 158)

Pero lo mismo que al creyente le acontece también a su contraimagen –es decir, al individuo diabólico- en relación a la consecuencia interna del pecado... Precisamente porque el individuo demoníaco es interiormente consecuente y también lo es dentro del encadenamiento del mal, precisamente por eso también él tiene una totalidad que perder. Un solo momento fuera de su consecuencia, una única falta de precaución dialéctica, una sola mirada de reojo ..., y ya tenemos que quizá nuestro individuo, según su propia expresión, no vuelva nunca más a ser él

mismo. Es cierto que ha renunciado al bien para siempre y de una manera desesperada, siendo una cosa natural que en esa situación el bien no le pueda echar una mano. Pero lo que sí es posible es que venga a molestarlo, a impedirle que nunca más pueda volver a alcanzar la plena marcha de la consecuencia de su encadenamiento y, finalmente a debilitarlo. Solamente es él mismo en la continuidad consecutiva el pecado, solamente en ella puede vivir y tiene la impresión de su propia personalidad. ¿Qué significa esto? Esto quiere decir que la permanencia en el pecado es aquello que desde allá abajo, donde él está profundamente hundido, le sostiene compacto a su manera, fortaleciéndole impiamente en virtud del encadenamiento de la consecuencia. No son los nuevos pecados particulares -...- los que le ayudan, sino que estos nuevos pecados aislados no son más que la expresión del estado de continuidad en el pecado, que es lo que propiamente constituye el pecado. (pp 158-159)

Con el concepto, pues, de la “progresión del pecado” -de la que en seguida hablaremos más detenidamente- no han de entenderse tanto los nuevos pecados aislados cuanto el estado mismo de pecado. Esto, a su vez, implica una elevación de la potencia del pecado en sí mismo y una perseverancia consciente en el estado de pecado, de suerte que la ley del movimiento en la potenciación, aquí como en todos los casos, marca el camino de la interioridad y de una conciencia cada vez más intensas. (p 159-160)

Capítulo I. El pecado de desesperar por sus propios pecados.

El pecado es desesperación; la potenciación constituye el nuevo pecado de desesperar por sus pecados. (Potenciación no es un nuevo pecado). No, aquí no se trata de los pecados aislados; el estado de pecado es el pecado, y éste se intensifica en una nueva conciencia.

Desesperar por su pecado significa que el pecado se encierra o pretende encerrarse en su propia consecuencia. Porque no quiere habérselas para nada con el bien, ni quiere ser tan débil como para que alguna vez llegara a pararse escuchando otra voz. No, lo único que quiere es oírse solamente a sí mismo, habérselas solamente consigo mismo, encerrarse a solas consigo mismo, sí, aprisionarse en una cárcel interior todavía más oculta para sentirse a buen recaudo, gracias a la desesperación sobre el pecado, contra todas las asechanzas y pesquisas del bien. (p 161)

... El pecado mismo es un arrancarse del bien, pero la desesperación sobre el pecado es un segundo desprendimiento... Y así, endurecido y terco, ya no tiene más remedio que considerar con férrea consecuencia que todo lo que se llama arrepentimiento y todo lo que se llama gracia no solamente es algo vacío e insignificante, sino que es su enemigo número uno, contra el cual ha de defenderse con todas sus fuerzas, completamente como se defiende la bondad contra la tentación... en el mundo no hay nada tan miserable como un diablo desesperado (Fausto); pues aquí se entiende por desesperación que se está a punto de sentirse lo bastante débil como para pararse a oír una voz que nos hable de arrepentimiento y gracia. Para caracterizar la potenciación en la relación entre el pecado y la desesperación del pecado, podríamos decir que lo primero es la ruptura con el bien y lo segundo es la ruptura con el arrepentimiento. (pp 161-162)

(La desesperación del pecado)... Sí, el desesperado se va hundiendo, aunque por su parte se esté convencido de que asciende. Lo curioso es que en cierto sentido no deja de hacerse más ligero...

Se trata de un progreso, de una ascensión en lo demoníaco, es decir de una profundización en el pecado... y no quiere volver a oír ni una palabra acerca del arrepentimiento ni tampoco acerca de la gracia. Sin embargo, la desesperación del pecado es consciente de su propio vacío interior y de que no tiene nada de qué vivir, ni siquiera su propio yo con sus representaciones correspondientes. (Macbeth después de haber asesinado al rey): "...desde este instante no hay nada serio en el destino humano: todo es juguete: gloria y renombre han muerto". Por el pecado, es decir, al desesperar de su pecado, Macbeth ha cortado toda relación con la gracia..., y además consigo mismo. Su yo egoísta culmina en la ambición. Desde luego ha llegado a ser rey, pero de nada le vale... mientras desespera de la gracia, no ha hecho más que perderse también a sí mismo. (pp 162-163)

(La desesperación por el pecado apenas se da en el mundo). La razón de esto probablemente sea que en el mundo, por lo general, sólo se está ocupado con la frivolidad, la irreflexión y la pura chismosidad; lo cual, a su vez, es la razón de que la gente de ordinario haga tantos aspavientos de gran solemnidad y respeto ante cualquiera manifestación un poco profunda... lo cierto es que la desesperación por el propio pecado suele estar inclinada a dárselas ante el público de ser algo bueno... "¡No me lo perdonaré jamás!" Son éstas unas palabras que, por otra parte, en seguida nos ponen en la auténtica pista de la dialéctica en que se está moviendo el individuo en cuestión. No se lo perdonará nunca..., pero si Dios del cielo estuviese dispuesto a perdonárselo, ¿acaso no tendría nuestro individuo la suficiente bondad como para perdonarse a sí mismo? Pues no la tendría; su desesperación estaría muy lejos de venir determinada por la bondad y no sería más que una determinación mucho más intensa de aquel pecado cuya intensidad es creciente hundimiento en el pecado. Y todo este proceso por la desesperación por el pecado será tanto más profundo cuanto mayor sea el furor de las expresiones apasionadas con las que nuestro individuo no hace otra cosa, aunque sin pensar en ello para nada, que poner al descubierto su verdadero talante y lo que hay detrás de esas palabras: "no me perdonaré nunca" el haber pecado de esa manera. Todo menos acercarse a Dios con humilde contrición, rogándole el perdón de los pecados. Porque la cosa, teniendo en cuenta lo que antes dijimos, suele terminar de la siguiente forma. Durante aquel tiempo en que opuso una resistencia victoriosa a las tentaciones, nuestro individuo se hizo la idea de que había llegado a ser mejor de lo que realmente era, es decir, llegó a estar orgulloso de sí mismo. Esta soberbia le llevó interesadamente a pensar que el pasado había quedado completamente atrás y caducado. Entonces viene la recaída, y de golpe y porrazo ese pasado vuelve a tener plena actualidad. Estos recuerdos son algo que su orgullo no puede tolerar y de ahí le nace esa profunda tristeza y todas las demás cosas por el estilo. Una cosa es clara, que la dirección de la tristeza no apunta en absoluto a Dios. Es egoísmo solapado y es soberbia. Cuando lo que debería haber hecho era acercarse humildemente a Dios, dándole gracias por lo mucho que a pesar de todo le había ayudado en hacer frente a la tentación, reconociendo, delante de Dios y de sí mismo, que la ayuda divina había sido mucho mayor que lo que él tenía merecido y, finalmente, humillándose con el recuerdo de su comportamiento. (pp 163-165)

Aquí, como siempre, la explicación de los viejos libros de edificación es muy profunda, experimentada y aleccionadora. Según estos libros, Dios permite a veces que el justo dé un mal paso y caiga en una que otra tentación..., precisamente para que se humille y con ello se afiance todavía más en el bien. ¡Ah, es tan humillante el contraste entre la recaída y el progreso quizá

muy significativo que se llevaba en el camino de la bondad! ¡Qué doloroso suele ser entonces el examen de la propia identidad! Cuanto mejor sea el hombre, tanto más se dolerá del pecado actual que comete; y su situación será tanto más peligrosa... Quizá la misma pena contribuya a hundirlo en la más oscura de las melancolías. Y no faltará, probablemente, un director espiritual poco avisado que se apresure a admirar su profundidad de alma y a constatar la enorme fuerza de bondad que hay en su dirigido. ¡Como si todo eso proviniera del bien! ... (Y no dirá: “No me lo perdonaré jamás”, sino): “Dios no podrá perdonármelo nunca”. ¡Ay, y esto no es más que mixtificación! ¿Y su pena, su preocupación, y su desesperación? Todo ello no es más que egoísmo. Aquí, digámoslo entre paréntesis, pasa lo mismo que con esa angustia ante el pecado, que a veces mete al hombre tozudamente, angustiándole en el mismo pecado, porque está llena de amor propio y su orgullo sería muy grande de verse libre del pecado. Y volviendo a nuestro hombre, ¿qué diremos para consolarlo? Absolutamente nada, pues el consuelo es lo que menos necesita. Por eso no acertamos a comprender por qué los directores espirituales prescriben en sus casos dosis enormes de motivos consoladores a sus pobres pacientes, con lo que no hacen otra cosa que contribuir a que se agrave la enfermedad. (pp 165-166)

Capítulo II. El pecado de la desesperación del perdón de los pecados (el escándalo).

Ahora, la potenciación de la conciencia del yo consiste en el saber acerca de Cristo; aquí se sabe que se tiene un yo precisamente delante de Dios. Primero -...- apareció la ignorancia acerca de que se poseía un yo eterno; luego surgió el saber acerca de que se tenía un yo, en el cual a pesar de todo había algo eterno. Después -...- se mostró cómo había que entender esa diferencia dentro de la categoría del yo, el cual tenía una idea humana acerca de sí mismo, o cuya medida era el hombre. El contraste correspondiente consistió en encontrar un yo precisamente delante de Dios, siendo esto lo que pusimos como base de la definición del pecado. (p 167)

Ahora aparece un yo cabalmente delante de Cristo es un yo potenciado por la inmensa concesión divina y por la enorme fuerza expresiva que se encierra en el hecho de que Dios mismo, por culpa de ese yo, se haya dignado nacer y hacerse hombre, padecer y morir. De la misma manera que antes decíamos que cuanto mayor era la idea de Dios en el hombre, mayor era sin duda alguna el yo de éste..., así también ahora tenemos que afirmar que cuanto mayor sea la idea de Cristo, mayor será el yo humano. Porque un yo siempre será cualitativamente lo que sea su medida. Dándonos a Cristo por medida, Dios nos ha testimoniado con una claridad meridiana hasta dónde alcanza la enorme realidad de un yo; porque en definitiva sólo en Cristo se hace verdad el que Dios sea el fin y la medida del hombre, o la medida y el fin. Ahora bien, cuanto más yo, tanto más profundo será el pecado. (p 168)

La potenciación del pecado se puede mostrar también desde otro punto de vista. Ya vimos que el pecado era desesperación; la potenciación consistía entonces en la desesperación por el pecado. Pero ahora Dios nos ofrece la reconciliación en el perdón de los pecados. Sin embargo, el pecador desespera y su desesperación alcanza una expresión todavía más profunda. Ahora, si se quiere, el pecador entra en contacto con Dios, pero precisamente en cuanto está mucho más alejado de él y hundido mucho más en el pecado. Se podía pensar que el pecador casi está más cerca de Dios en cuanto desespera del perdón de los pecados, y esto es lo que parecen indicar

sus mismos gritos desahogados: “¡No, no existe el perdón de los pecados, es una imposibilidad!”... (pp 168-169)

La gente, de ordinario, tiene una idea equivocada de este pecado –el de la desesperación del perdón de los pecados-, sobre todo después que se ha eliminado la moral y que, en consecuencia, muy pocas veces o nunca se oye una sana palabra ética. En cambio, se suele honrar la desesperación del perdón de los pecados de una manera estético-metafísica, como si ello fuera una señal de que se poseía una naturaleza bastante profunda. Poco más o menos, como si la ineducación de un niño se tomara como un síntoma de su profunda naturaleza. En general cuesta mucho imaginarse la enorme confusión que reina en el terreno religioso después que en la relación del hombre con Dios ha quedado suprimido el “tú debes”, que es el único principio regulativo. Este “tú debes” tiene que formar parte de todas y cada una de las categorías del dominio religioso. En lugar de esto, que es lo correcto, se ha abusado de un modo aventurero de la idea de Dios o de la religiosidad como si ello no fuera más que otro ingrediente de la importancia humana, y así dárseles uno de importante delante de Dios (como en política se necesita que haya oposición). Exactamente lo mismo hacen muchos con Dios..., no lo quieren suprimir del todo, al revés, prefieren que siga existiendo, con el solo afán de darse importancia estando en la oposición, constituyendo la oposición. De esta manera, todo lo que antiguamente se consideraba con horror como manifestaciones de impía rebelión, se toma ahora por genial, como signo de una naturaleza profunda. Antaño se decía, sin ningún empaque y con toda sobriedad, “tú debes creer...”, ahora lo genial y el síntoma de una profunda naturaleza es afirmar la imposibilidad de creer. Antaño se decía “tienes que creer en el perdón de los pecados”, y como único comentario se añadía: “será una gran desgracia para ti si no lo puedes, porque si debes creerlo es que puedes”..., hoy en cambio, lo genial y el síntoma de una naturaleza profunda es no poder creerlo.... (pp 169-170)

La desgracia fundamental de la cristiandad es propiamente el cristianismo..., es que la doctrina del Dios-hombre –cuyo sentido cristiano, notémoslo bien, está garantizado por la paradoja y la posibilidad del escándalo- ha sido tomada en vano de tanto predicarla y predicarla..., es que la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre ha quedado suplantada de una manera panteística, primero por la aristocracia especulativa, después por la plebe en las calles y en las callejuelas. Nunca jamás doctrina alguna de la tierra ha acercado tanto en realidad a Dios y el hombre como lo ha hecho el cristianismo... (p 172)

... es preciso que antes de nada se atienda a que cada hombre sea un hombre individuo y esté consciente de ser un hombre individuo. En cambio, si se empieza por permitir a los hombres que se agrupen precipitadamente en ésa que ya Aristóteles llamó “categoría animal”, es decir, en la multitud, entonces no tardará mucho tiempo en considerarse esta abstracción enorme -que en realidad es menos que nada, menos que el más insignificante de los hombres individuos- como algo muy grande..., y a renglón seguido se la divinizará. Y así las cosas, en seguida se incorporará esa abstracción divinizada, filosóficamente, a la doctrina del Dios-hombre. De la misma manera que en la vida política se nos ha enseñado que las masas se impongan al rey y los periódicos al Consejo de ministros, así también se ha descubierto a última hora que la summa

summarum de todos los hombres se imponga a Dios. A esto se le llama ahora la doctrina del Dios-hombre, o la doctrina de que Dios y el hombre son idem per idem.,,

En una palabra, que el dogma del Dios-hombre -mal interpretado- ha hecho insolente a la cristiandad. Casi se tiene la impresión de que Dios hubiera sido demasiado débil. Y así le han ido las cosas, como a un buenazo que, después de haber hecho las mayores concesiones, no recibe otro pago que el de la ingratitud. Dios es, naturalmente, el que ha inventado la doctrina del Dios-hombre, pero luego ha venido la cristiandad e insolentemente la ha interpretado al revés, poniendo en un plano de absoluta igualdad a Dios y a todo el Género Humano. De esta suerte, la concesión que Dios hizo viene a significar aproximadamente lo que en nuestra época significa el hecho de que un monarca establezca una constitución liberal... (pp 173-174)

Pero el cristianismo ha tomado desde el principio todas las prevenciones necesarias. El cristianismo parte de la doctrina del pecado. La categoría del pecado es la categoría de la individualidad. El pecado no es ningún objeto del pensamiento especulativo. Porque el hombre individuo está siempre bajo el concepto, pero con todo no se puede pensar un hombre individuo, sino que solamente se piensa en el concepto del hombre. Por eso la especulación se ha precipitado inmediatamente en la doctrina de la preponderancia de la especie sobre el individuo, ya que sería mucho pedir el que la especulación estuviera dispuesta a reconocer la impotencia del concepto respecto a la realidad. Sin embargo, de la misma manera que no se puede pensar un hombre individuo, así tampoco se puede pensar un pecador particular. Se puede pensar un pecado -y en este caso se hace de él una negación-, pero no es posible pensar un pecador particular. Y precisamente ésta es la razón de que no se tome el pecado en serio cuando se le convierte en una cosa en la que meramente se piensa. Porque lo serio, cabalmente, consiste en que tú y yo somos pecadores. Lo serio no es el pecado en general, sino que lo tremendamente serio está en ser un pecador, un individuo. A este último respecto, la especulación para ser consecuente consigo misma tendría que hacer un gran desprecio del hecho de ser “un hombre individuo”, es decir, algo que ni siquiera se puede pensar. A lo sumo, puesta a hacer algo en este sentido, la especulación debería decirle al individuo: “¡No pierdas el tiempo en semejantes fruslerías, olvídale cuanto antes, eso de ser un hombre individuo es no ser nada! ¡Piensa, eso sí, piensa... y entonces llegarás a ser la humanidad entera, cogito ergo sum!”. Claro que todo esto que nos dice la especulación es muy posible que sea mentira y, en consecuencia, que la cosa más grande de todas sea el hombre individuo y ser un hombre individuo. Pero no nos precipitemos, supongamos por el momento que la especulación tiene razón. ¿Qué tendría entonces que añadir, para ser consecuente consigo misma? Pues muy sencillo, que eso de ser un pecador particular tampoco es en realidad nada fuera del concepto y que por ello no hay que perder el tiempo, etc., etc. Y entonces, ¿qué? ¿Deberíamos quizá ponernos a pensar en el pecado en vez de ser el pecador particular que cada uno somos? ¡Algo así como antes se nos exigía pensar el concepto del hombre en vez de ser un hombre particular! Y entonces, ¿qué? ¿Se convertiría quizá el hecho de pensar en el pecado en “el pecado” mismo..., cogito ergo sum? No cabe duda que se trata de una proposición seductora. Porque al fin de cuentas no había por qué tener tanto miedo al pecado, a ser así el pecado, el puro pecado; puesto que este pecado es precisamente algo impensable. Sí, la especulación, por más que le pese, está forzada a concedernos esa última conclusión, ya que el pecado es una desviación lejos del concepto. (pp 174-175)

.. la especulación no tiene en cuenta para nada que en relación al pecado la ética representa una parte importante. La ética apunta siempre a lo contrario de la especulación y progresa por el camino opuesto, es decir, que la ética nunca abstrae de la realidad, sino que profundiza en la realidad y siempre está operando, necesariamente, con la ayuda de esa categoría de la individualidad, tan postergada y despreciada por la especulación. El pecado es una determinación del individuo. Por eso constituye una enorme superficialidad y un nuevo pecado el tomar por una fruslería lo de ser un pecador particular..., sobre todo cuando uno es ese pecador particular... La seriedad del pecado consiste en su realidad en el individuo, sea quien sea, tú o yo. La perspectiva especulativa cae muy lejos del individuo y por eso no tiene nada de extraño que la especulación hable tan a la ligera del pecado. La dialéctica del pecado sigue caminos diametralmente opuesto a los de la especulación. (pp 175-176)

... todas esas abstracciones no existen para Dios en absoluto. Delante de Dios, en Cristo, no existen más que individuos -pecadores-, y si bien es verdad que él puede abarcarlo todo perfectamente, sin embargo, no por eso deja de preocuparse hasta de los gorriones... El concepto divino lo abarca todo, aunque en otro sentido se ha de afirmar que Dios no tiene ningún concepto. Dios no recurre nunca a una abreviatura, sino que comprende -comprehendit- la misma realidad, todo lo individual. Para Dios el individuo no está por debajo del concepto. (p 177)

La doctrina del pecado, de que tú y yo seamos pecadores -...- acentúa la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre tan hondamente como nunca jamás se hizo. Sólo Dios es capaz de amurallar así esa diferencia. Y el pecado, como dijimos, consiste precisamente en que delante de Dios... Nada diversifica tanto a un hombre de Dios como el hecho de que aquél sea pecador, cosa que todo hombre es, y lo es cabalmente “delante de Dios”... De todos los atributos que se predicán del hombre, el pecado es el único que en modo alguno puede predicarse también de Dios, ni por via negationis ni por via eminentiae. (pp 177-178)

(‘Perdonar los pecados’) ... en esto el hombre jamás podrá asemejarse a Dios.

Aquí es donde culmina el escándalo, que es cabalmente la barrera que ha creído necesario establecer la misma doctrina que nos ha venido a enseñar nada menos que la verdad de la semejanza entre Dios y el hombre.

Ahora bien, el escándalo es el resorte de la mayor fuerza de decisión de la subjetividad, del individuo. Sin duda que no es tan imposible pensar un escándalo sin un escandalizado como lo es pensar un sonar la flauta sin flautista, pero con todo el mismo pensamiento no tendrá más remedio que concedernos que el escándalo -todavía con mayor razón que el enamoramiento- siempre será un concepto irreal mientras no tome cuerpo, es decir, mientras no tengamos a alguien, a un individuo, que esté escandalizado.

Por lo tanto, el escándalo dice relación al individuo. Y por esta razón el cristianismo siempre empieza haciendo de cada hombre un individuo, un pecador particular. Y en este momento se concentra todo lo que de posibilidad de escándalo puede haber almacenado en el cielo y la tierra -¡solamente Dios está por medio!-, y he aquí el cristianismo. Lo primero que hace es imperar a cada uno en particular: “tienes que creer”, es decir, escandalízate o cree. Ya no hay más que añadir... (pp 178-179)

... el concepto “juicio” corresponde al individuo. No se juzga a las masas... Un juicio en que se juzga a muchos es una farsa y una mentira cuando no se juzga a cada uno en particular. (Nota: Por eso Dios es “el juez”, porque para él no existe ninguna multitud, sino solamente individuos.) (p 179)

Lo curioso es que en esta época de las luces, en que tantos inconvenientes se encuentran para cualquiera de las representaciones antropomórficas de la divinidad, nadie suele por lo general encontrar mayor dificultad en representarse a Dios en cuanto juez como un juez de paz cualquiera, o como un magistrado militar desbordado por un proceso tan vasto. Y, así las cosas, la gente se piensa que en la eternidad pasará exactamente lo mismo. Por eso no cesa de apiñarse cada vez más y tomar las debidas precauciones para que sus sacerdotes sigan predicando de esa manera. ¿Por qué iba a ser tan insensato que se amargase la vida y sintiese, con temor y temblor, tan altas responsabilidades? Y encima de eso, ¿quién le metía a él en camisa de once varas, intentando amargar la vida a todos los demás? ¡No, ya está bien! ¡Declaremos todos juntos que está loco de atar y que si sigue en las mismas no tendremos más remedio que llevarlo al patíbulo! Puesto que somos tantos, ello no sería ningún crimen. ¿Quién ha dicho que muchos pueden cometer un crimen? Eso no son más que anticuallas e insensateces. ¡Lo que hace la mayoría es la voluntad de Dios! Esta es la sabiduría que hoy impera y ante ella se han inclinado hasta ahora todos los hombres, incluso los reyes y los emperadores y todas las demás excelencias. Gracias a esa sabiduría han levantado al fin la cabeza todas las criaturas de la tierra. ¡Sólo falta ya que Dios también aprenda a inclinarse! ¡Lo único que importa es que seamos muchos, la mayoría absoluta, y que nos mantengamos unidos..., entonces podemos estar seguros contra el juicio de la eternidad!

Desde luego, los hombres de nuestra generación podrían estar bien seguros de que no serían juzgados si de hecho solamente en la eternidad empezaban a ser individuos. Pero los hombres siempre fuimos y somos individuos delante de Dios. Ni siquiera el que habite en una urna de cristal se sentirá tan cohibido como lo está cada hombre en su total transparencia delante de Dios. Esto es la conciencia, y gracias a ella el hombre está constituido de tal modo que nunca deja de seguir un informe inmediato a cada una de sus culpas, y lo curioso es que ese informe lo tiene que redactar el mismo culpable de su puño y letra. Sin embargo, ese informe se redacta con una tinta secreta, y por eso no será claramente legible hasta que en la eternidad le enfoque aquella luz con la que la misma eternidad ira revisando las conciencias. En el fondo, cada uno de los hombres ingresará en la eternidad de tal manera que él mismo lleve consigo y presente con toda puntualidad el balance minuciosísimo de todas y cada una de sus faltas, incluso sus mínimos deslices, y tanto los pecados de positiva criminalidad como los pecados de omisión... (pp 179-181)

Por lo tanto, la desesperación del perdón de los pecados es un escándalo. Y el escándalo es la potenciación del pecado. De ordinario no se suele pensar así, sino que por lo general se cree que el escándalo no es un pecado y, en consecuencia, al catalogar los pecados no se deja sitio para él. Y si se piensa así, mal puede entrarle en la cabeza a nadie que el escándalo sea la potenciación del pecado. ¿A qué se debe esto? A que no se destaca, cristianamente, la oposición entre el pecado y la fe, sino entre el pecado y la virtud. (p 181)

Capítulo III. El pecado de que se rechace el cristianismo de modo positivo, declarándolo falso.

Este es el pecado contra el Espíritu Santo. Aquí el yo se eleva al grado supremo de la desesperación. No sólo no se contenta con rechazar el cristianismo, sino que lo declara mentira y falsedad. ¡Qué idea monstruosamente desesperada acerca de sí mismo no tendrá el yo para hacer esto! (p 183)

La doctrina del cristianismo es el dogma del Dios-hombre, el dogma del parentesco entre Dios y el hombre, pero de tal manera -notémoslo bien- que, en cierto sentido, podríamos afirmar que la posibilidad del escándalo es la garantía con la que Dios se asegura de que el hombre no se entrometa más de lo justo. La posibilidad del escándalo constituye el momento dialéctico de todo lo que es cristiano. Si se quita el escándalo, entonces el cristianismo no solamente se torna paganismo, sino que se hace una cosa tan fantástica que el mismo paganismo no tendría más remedio que tomarla como una broma. A ningún hombre se le ha podido pasar nunca por las mientes el que llegaría a estar tan cerca de Dios como enseña el cristianismo. ¿Sí, a quien se le ocurrió jamás eso de poder, osar y tener que acercarse tanto a Dios por medio de N.S. Jesucristo? ¿En qué cabeza cabe? Porque si esto no es un misterio, si es algo que todo el mundo puede entender sin más, como quien bebe un vaso de agua, sin la menor reserva y tan campante..., entonces el cristianismo no sería otra cosa que una invención de un Dios loco, que vendría a reemplazar la que se puede llamar locura humana de la poesía del paganismo en torno a los dioses. En este caso, el hombre que no hubiera perdido todavía la razón, se vería obligado a dictaminar que semejante doctrina solamente se le pudo ocurrir a un Dios sin cabeza... (p 184)

Dios y el hombre son dos naturalezas separadas por una infinita diferencia cualitativa. Toda doctrina que pase por alto esta diferencia será humanamente insensata y, en el sentido divino será una blasfemia. En el paganismo los hombres convertían a Dios en el hombre (hombre-Dios), en el cristianismo es Dios el que se hace hombre (Dios-hombre). Sin embargo, en este acto del amor infinito de su gracia misericordiosa, Dios pone una condición, nada más que una condición, pero inevitable. Precisamente éste es el motivo de la tristeza de Cristo, a saber, que respecto de esa condición “ni siquiera él pueda hacer otra cosa”. Porque Cristo puede humillarse, revestirse de la forma de siervo, padecer, morir por los hombres, invitarlos a todos a que vayan a él, ofrecer por ellos los días todos de su vida con todas y cada una de sus horas, e incluso ofrecer la vida misma..., pero lo que Cristo no puede hacer es abolir la posibilidad del escándalo... Pues no cabe duda que la mayor de todas las desgracias humanas, peor aún que el pecado, es escandalizarse de Cristo y permanecer en el escándalo. Y esto ni el mismo Cristo, que es “el Amor”, puede imposibilitarlo. He aquí la razón de que Cristo diga: “Bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí”. Cristo y no puede hacer más... ¡Ay, qué misterio tan grande que esa obra de amor llegue en definitiva a hacer a un hombre tan desgraciado como nunca lo hubiese sido de otra manera! (pp 184-185)

La posibilidad del escándalo radica en el hecho de que entre Dios y el hombre haya esa infinita diferencia cualitativa de que tanto hemos hablado. Por eso, nadie podrá eliminar la posibilidad del escándalo. Dios se hace hombre por amor. En este sentido, él mismo nos dice: mirad que esto significa ser hombre verdadero, pero -añade-... además soy Dios..., y bienaventurado aquel que no se escandalice de mí. Dios, en cuanto hombre, se reviste de la forma de siervo insignificante y

de tal manera expresa lo de ser un pobre hombre que a ninguno de los hombres se le pueda ocurrir jamás, en ese aspecto, sentirse excluido y mucho menos pensar que son los honores y el prestigio humanos los que a uno le acercan a Dios. No, él es el hombre insignificante. Mirad acá, nos dice, y considerad a fondo lo que es ser hombre, pero, ¡cuidadito!, pues además soy Dios..., y dichoso aquel que no se escandalice de mí. O al revés: el Padre y yo somos una misma cosa, sin embargo yo soy este hombre particular insignificante, pobre, abandonado y entregado en las manos soliviantadas de los hombres..., bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí. Yo, este pobre hombre, es el que hace que los sordos oigan, que los ciegos vean..., dichoso aquel que no se escandalice de mí.

Por eso, estas palabras en que Cristo -...- nos dice: “bienaventurado aquel que no se escandalizare de mí”, tienen una importancia esencial dentro de la predicación cristiana; no tanta, desde luego, como las palabras de la institución de la Eucaristía, pero sí, al menos, como aquellas otras de la Carta a los Corintios: “Examínese cada uno a sí mismo”. En definitiva, son palabras del mismo Cristo y no debemos cansarnos, especialmente en medio de la cristiandad, de inculcarlas sin cesar y repetírnoslas particularmente a cada uno de nosotros mismos. Porque el cristianismo se convertirá en blasfemia en cualquier parte donde hayan dejado de sonar esas palabras... Es verdad que Cristo, revestido de la forma de un humilde siervo, pasó por el mundo sin necesidad de que ninguna guardia le cubriese las espaldas y sin ningún ejército de servidores que por todas partes le fueran preparando el camino y encareciéndoles a las gentes quién era el que iba a venir. Pero la posibilidad del escándalo -¡su gran tristeza dentro de su inmenso amor!- le tenía y le tiene bien defendido a Cristo. Esa posibilidad no dejó nunca de levantar la muralla de un profundo abismo entre él e incluso aquellos que más le amaron y más cerca estuvieron de él.

Porque, en efecto, el que no se escandaliza es aquel que con fe se pone a adorar. Ahora bien, la adoración -que es la expresión de la fe- significa también que sigue levantada la gran muralla de la infinita diferencia cualitativa entre Dios y el hombre, por más que éste sea ya un creyente. Pues la posibilidad del escándalo vuelve a ser en medio de la fe el momento dialéctico. (pp 186-188)

Pero el escándalo de que aquí se trata es bien positivo, puesto que dice, rechazándolo, que el cristianismo es falsedad y mentira, y con ello hace lo mismo a su vez con Cristo.

(Distintas clases de escándalo) La forma inferior de este escándalo, la más inocente..., es la de dejar en tal estado todo lo que se refiere a Cristo, juzgando poco más o menos de la siguiente manera: “Personalmente no tengo por qué juzgar nada sobre el particular; desde luego, yo no soy un creyente, pero tampoco me atrevo a emitir ningún juicio”. Y es que se ha olvidado por completo ese cristiano: “tú debes”. Esta es la razón de que no se vea el escándalo en la anterior postura, una postura que instala a Cristo en la balanza de la indiferencia. Sin embargo, el mensaje del cristianismo, que ha llegado hasta ti, significa que tienes que formarte una opinión en torno a Cristo. Porque Cristo es -o el hecho de que exista y haya existido- lo que decide de toda la existencia. Si Cristo se te ha anunciado, entonces es un escándalo el que nos vengas diciendo: “Personalmente no quiero formar ninguna opinión sobre el particular”. (p 189)

Claro que en los tiempos que corremos hay que entender lo anteriormente dicho con una cierta reserva, pues el cristianismo se nos anuncia con una mediocridad bien característica. Desde luego, miles y millones de los que poblamos la tierra hemos oído el mensaje del cristianismo,

pero ni siquiera una vez hemos oído nada acerca del “debes”. Ahora que el que lo haya oído y nos venga diciendo: “personalmente no quiero formar ninguna opinión sobre el particular”... ése, desde luego, ya está juzgado: sí, es uno de los que se escandalizan. Porque niega la divinidad de Jesucristo, niega que Dios tenga derecho a exigir de un hombre el que éste se forme una opinión al respecto ni siquiera una vez hemos oído nada acerca de ese “debes”...

... ningún hombre ha de ser tan insolente que deje que la vida de Cristo se le escurra como una mera curiosidad. No es ninguna ocurrencia ociosa el que Dios se digne encarnarse y hacerse hombre. Como si por ese camino Dios buscara alguna cosa con la que estar ocupado, o quizá para entretenerse, poniendo así fin a su aburrimiento..., pues no será la primera vez que con todo descaro se ha dicho que lo de ser Dios tiene que ser muy aburrido. Ni tampoco se hace hombre para correr simplemente unas cuantas aventuras. No, cuando Dios lo hace, ello significa que este hecho constituye la seriedad de la existencia. Y en esta seriedad hay encerrada una segunda cosa seria, a saber, que todo hombre tiene que formarse una opinión sobre el particular. (Ejemplo)... Y así también, si a Dios le plugo hacerse hombre, sería mucho más que una desfachatez el que a un hombre cualquiera -...- se le antojase venir diciéndonos sobre el particular: “Desde luego, se trata de una cosa sobre la cual no tengo en absoluto ninguna gana de opinar”. Así suelen hablar los aristócratas de lo que en el fondo desprecian. Es decir, que en este caso se desprecia a Dios de una manera muy distinguida... (pp 189-190)

La segunda forma de este escándalo es todavía negativa, pero constituye una pasividad. El hombre que la padece tiene bien experimentado que no es posible ignorar a Cristo... mientras se va viviendo la propia en los ajeteos de costumbre. No, nuestro hombre es incapaz de ignorar este hecho. Pero tampoco puede creer. Está como clavado, con los ojos fijos, en un solo y mismo punto, en la paradoja. En cierto sentido, si se quiere, nuestro hombre honra el cristianismo, ya que con su misma vida expresa que la pregunta: “¿Qué te parece a ti Cristo?”, es la más decisiva de todas... (p 190)

La última forma del escándalo es la positiva... Según esta forma se declara falso y engañoso al cristianismo y se niega a Cristo. Es decir, se niega que Cristo haya existido o que sea Aquel que dijo ser. Esta negación puede hacerse de dos modos, el de los docetas o el de los racionalistas, de suerte que Cristo no sea un hombre individuo, sino sólo aparente, o, por la otra parte, que no sea más que un simple hombre individuo. Así, con los docetas, Cristo es pura poesía o mitología, sin que ello importe ninguna reclamación sobre la realidad; o con los racionalistas, sólo se trata de una realidad que no puede hacer ninguna reclamación en la línea de la divinidad. Esta negación de Cristo en cuanto paradoja comporta, como es obvio, la negación de todo lo cristiano: el pecado, el perdón de los pecados, etcétera.

Esta forma de escándalo es el pecado contra el Espíritu. Este escándalo hace de Cristo una invención del demonio, del mismo modo que los judíos afirmaban de Cristo que echaba a los demonios con ayuda del demonio.

Este escándalo es la potenciación suprema del pecado... la oposición entre pecado y fe.

En cambio, es precisamente esa oposición la que se ha hecho valer en todo este libro, que ya en la primera parte -...- empezaba estableciendo la fórmula típica del estado en el cual no se da ninguna desesperación, a saber: cuando en la relación consigo mismo y al querer ser sí mismo el yo se apoya lúcido en el Poder que lo fundamenta. Fórmula que al mismo tiempo -...- es la definición de fe. (p 191)

CITAS SUGERENTES

29-30 (para el cristiano la muerte no es lo último de todo); **41-42** (la desesperación es una categoría propia del espíritu y en cuanto tal relativa a lo eterno en el hombre); 43-44 (para que el hombre muriera de desesperación... sería necesario que lo eterno en él –el yo– pudiese morir en el mismo sentido que el cuerpo muere a causa de la enfermedad); 44-45 (el desesperado desespera porque no puede destruirse); 46-47 (el verdadero suplicio consiste en no poder desembarazarse de sí mismo); **47** (si no hubiera nada eterno en nosotros nos sería imposible desesperarnos); **52** (la desesperación es un fenómeno del espíritu, algo que se relaciona con lo eterno); **54-55** (vida desperdiciada: no cayó en la cuenta ni sintió la impresión del hecho de la existencia de Dios y que él mismo existía delante de Dios); **57** (el yo como síntesis: infinitud-finitud, pero esta síntesis es una relación consigo misma, lo cual equivale a la libertad: lo dialéctico dentro de las categorías de posibilidad y necesidad. La desesperación ligada a la conciencia: cuanto más conciencia más yo, cuanto más voluntad, más yo. Un hombre que no tiene voluntad no es un yo. A más voluntad más conciencia de sí mismo); 59 (el no llegar a sí mismo es la desesperación: el yo, la síntesis de infinitud-finitud, y sólo puede llegar a sí mismo relacionándose con Dios. Es puro devenir); **60** (el que la síntesis del yo es dialéctica -por lo cual una cosa nunca deja de ser su contraria-..., el yo, es la síntesis en que lo finito es lo que limita y lo infinito lo que ensancha. El yo sólo se libera de la desesperación cuando habiendo desesperado, se fundamenta transparente a Dios); 60-61 (la fantasía es el medio de la infinitización, y se relaciona con el sentimiento, el conocimiento y la voluntad. La fantasía posibilidad de toda reflexión) 61 (si el sentimiento se vuelve imaginario, el yo se evapora hasta convertirse en una sensibilidad impersonal, una abstracción: se torna infinito, pero sin ser más sí mismo); **61** (si el conocimiento se torna fantástico, se hace inhumano: el grado de conocimiento ha de corresponderse a conocimiento de sí mismo); 61-62 (si la voluntad se hace fantástica, se evapora. La voluntad, cuanto más infinita se haga en los propósitos, tanto más presente y disponible ha de estar a sí misma); 63 (uno se pierde a sí mismo también porque se ha hecho completamente finito: carencia de originalidad); 64 (el hombre, si se olvida de sí mismo, se convierte en un mono de imitación); **64-65** (si uno no arriesga nada, la vida no nos madura); 65 (desesperación de la finitud: vive bien, es honrado... pero no tiene ningún yo en el sentido espiritual en virtud del cual puedan arriesgarlo todo ni poseen un yo delante de Dios); 65-66 (tan desesperado es el que carece de posibilidades, como el que no tiene ninguna necesidad); **66-67** (la posibilidad lleva consigo la necesidad. La realidad es la unidad de posibilidad y necesidad. Al yo le falta la obediencia para someterse a la necesidad incluida en el propio yo); 67-68 (el espejo de la posibilidad es engañoso: el extravío del deseo. En vez de sujetar la posibilidad con las riendas de la necesidad, y se pierde a sí mismo. Cfr. esperanza y melancolía); **68-69** (la existencia humana es desesperada siempre que falta la posibilidad. ¿Sólo ciertos periodos de la vida son ricos en esperanza y posibilidades? No es la auténtica esperanza.) 69 (“Para Dios, todo es posible”. Pero lo que importa es que quiera creer: se pierde la razón para ganar a Dios); 69-70 (la fe combate por la posibilidad: la posibilidad es lo único que salva); 70 (el creyente ve su ruina, pero cree, y esto le salva); **71** (el creyente posee el antídoto contra toda desesperación); **71** (el fatalista es un hombre desesperado, ha perdido su yo, ya que para él todo es necesidad: ha perdido a Dios: para Dios todo es posible); 72 (para rezar es necesario que haya Dios, un yo y posibilidad. Dios es absoluta posibilidad); 72 (pedantería y trivialidad: carencia de posibilidad.); 72 (para caer en la cuenta de uno mismo y de Dios es preciso que la fantasía le eleve a uno sobre la atmósfera

vaporosa de lo probable) **73** (a la banalidad burguesa le falta posibilidad para despertarse de la falta de espíritu); **75** (cuanto más conciencia, tanto más intensa será la desesperación); **76** (relacionarse con la verdad es el bien supremo. En la mayoría de los hombres prevalece lo sensible a la intelectualidad. No soportan ser espíritus) [¿ESTÍMULO-RESPUESTA?]; 77-88 (ignorancia de la desesperación y la angustia hasta que cesan las ilusiones de los sentidos y la existencia empieza a tambalearse); 78 (el que ignora la desesperación está más a merced de ella); 78-79 (la ignorancia de la propia desesperación supone no ser consciente en cuanto espíritu: esto es lo más frecuente); **79-80** (todo hombre que no tenga conciencia de ser espíritu delante de Dios, estará desesperado. Cfr. alternativa de la nación o el estado y se pierden en la interioridad); 80 (gravedad del suicidio); **86-87** (el hombre inmediato: pasivo: “para mí”: dialéctica de lo agradable-desagradable. La inmediatez es enormemente frágil. Pero la desesperación consiste en que se pierda lo eterno); 88 (el hombre inmediato si habita en la cristiandad también es cristiano, se entiende con el sacerdote, pero su yo nunca ha sido cristiano. La desesperación de que uno no quiera ser desesperadamente sí mismo); 89 (no se conoce a sí mismo sino su exterioridad); **91** (la ruptura con todo lo inmediato no la lleva a cabo: le falta la reflexión interior: ética. No tiene conciencia de un yo que haya de ser conquistado a través de una abstracción infinita de todo lo externo. Sólo así un yo asume infinitamente su yo real con todas sus dificultades y ventajas); **91-93** (su desesperación consiste en no querer ser sí mismo cuando no se gusta. Pero vuelve a sí mismo intermitentemente; pero si no cambia nada, asumirá de cara a fuera sus aspectos más positivos); **93** (no han aprendido los imperativos del deber: no tolera querer ser espíritu); 94-95 (creencia de que la desesperación es propia de la juventud, no de la “madurez”: con los años se pierden las ilusiones... Los jóvenes viven la ilusión de la esperanza y los adultos la del recuerdo); 95-96 (la fe y la sabiduría no vienen con los años. Nada viene sin esfuerzo. Está desesperado y sin un adarme de espiritualidad que lo saque de la desesperación); 96-97 (diferencia entre la desesperación del viejo y el joven: pero no lleva a su cambio: o es una desesperación más profunda o alcanza la fe); **98** (toda desesperación, en último término es en torno a lo eterno, aun los que creen que están desesperados por lo temporal); **99** (desesperación por su propia debilidad en vez de abrazarse a la fe, humillándose con su debilidad delante de Dios); 99-100 (la pérdida de lo eterno es de uno mismo: es más profunda y está más cerca de la curación); 100 (el yo desesperado no puede desentenderse del todo de sí mismo); 100-101 (el hermetismo); 101 (no se confía a nadie); 102-103 (desprestigio hoy hacia la soledad: castigo a criminales); 103-104 (“tu hermetismo es soberbia, lo que tú tienes es mucho orgullo personal” > obstinación: la desesperación ante la propia debilidad); 105 (suicidio, única salida del hombre taciturno); **106** (el desesperado no quería ser sí mismo; la obstinación quiere ser sí mismo); **106** (el yo no quiere empezar perdiéndose con el fin de ganarse, sino que a toda costa quiere ser sí mismo); **106-107** (querer desesperadamente ser sí mismo se da en la conciencia de un yo infinito. Pero un yo desligado de todo Poder que lo fundamenta: disponer desesperadamente de sí mismo como su propio creador. Pero está determinado por necesidades y circunstancias: forma infinita del yo negativo. No el yo que se le ha dado sino quiere construirlo personalmente de raíz); 107 (distinguir entre un yo activo y pasivo: desde el actuar o desde lo que está padeciendo); **107-108** (el yo desesperado activo: se relaciona consigo mismo. En vez de considerar que Dios le mira, se mira a sí mismo. Pero así nunca llega a ser ningún yo. no tiene ningún apoyo. El yo es su propio señor: un rey sin reino. Todo depende de la arbitrariedad del mismo yo); 108-109 (imperturbabilidad, ataraxia > una fábula); **109** (si el yo desesperado es pasivo: arrojar lejos de sí la cruz como si no existiera); 110 (tercamente ser sí mismo, obstinándose contra el agujón y no

quiere estar sin él. Ni acudir a Dios ni a nadie: prefiere ser sí mismo); **111** (no quiere humillarse: prefiere ser sí mismo aun a costa de sufrimiento); 111-112 (cuanto mayor sea la conciencia de este yo pasivo, más será su desesperación –algo demoníaco-. Furioso contra todo, considerándose víctima); **117** (hay pecado cuando delante de Dios, o teniendo la idea de Dios, uno no quiere desesperadamente ser sí mismo, o desesperadamente quiere ser sí mismo); **117-119** (toda existencia poética es cristianamente pecado: soñar en lugar de ser, relacionarse con el bien y la verdad en vez de esforzarse. Idea falsa de Dios como padrazo. No acepta el sufrimiento. Religiosamente es un amante desgraciado); 121 (la culminación de la experiencia del yo es cuando se percibe delante de Dios); 122 (Dios es la medida del yo); **122** (el pecado es tal porque es delante de Dios y no simplemente porque es pecado); 122-123 (pero Dios no es algo externo); **123** (nuestro yo llega a ser un yo infinito cuando tiene conciencia de que existe delante de Dios. Cfr. diferencia con el pagano) [**EE 39 ?**]; 124-125 (el pecado siempre es una desobediencia a la voluntad de Dios. El hombre peca o por debilidad –peligro del fariseo justificándose-, o desesperado se vuelve a hundir desesperadamente de su pecado); **125** (todo pecado es desesperación: lo contrario la fe: el yo, siendo sí mismo y queriéndolo ser, se fundamenta lúcido en Dios); 126 (si quitamos el “delante de Dios” nos quedamos en el paganismo. En este enfrentamiento del yo individual con Dios radica el escándalo. La especulación universaliza > el pecado es tal en sí); **126-128** (atreverse a creer que como individuo soy elegido y querido por Dios: fe); **129** (sólo el coraje humilde de atreverse a creer no se escandalizará); **129** (el escándalo como admiración desgraciada: una envidia contra sí mismo); 129-130 (el escéptico incapacitado para la admiración. **Cuanto más admiración, más capacidad de hacerse creyente: se pone en actitud de adoración y se humilla ante lo extraordinario**); **130-131** (admiración-envidia: adoración-escándalo, la sabiduría como el *ne quid nimis*. Hay que abrirse al absurdo); **131** (es necio defender el cristianismo: no se ha creído en él. Todo gira en torno a ese “delante de Dios”...: que sería dar demasiada importancia a la existencia humana); **133-136** (el pecado socrático: el pecado como ignorancia > vacío. Pero qué ignorancia. Sócrates el primer ético, pero empezó por la ignorancia. Pero si el pecado es ignorancia no existe, porque el pecado es conciencia. La diferencia más radical entre paganismo y cristianismo es la doctrina del pecado. A Sócrates le falta la categoría de la voluntad: un imperativo categórico intelectual. Todos hoy creen que es el bien supremo y lo declaran, pero esto no representa una virtud operante comprometida sino todo lo contrario); **139-141** (en la filosofía de la pura idealidad no hay dificultad en pasar del entender al cumplir. Para el cristiano “Hágase en ti conforme a tu fe”: creer es ser: si no se pone en práctica lo justo inmediatamente que lo ha conocido... lo primero que empieza a paralizarse es el conocimiento. La voluntad deja que pase algún tiempo, una especie de tregua en el que se queda tranquila; el conocimiento se va oscureciendo y la naturaleza inferior va acreciendo su victoria. Hay que hacer el bien inmediatamente que es conocido. Esto sólo ocurre en el pensar); 143 (hay pecado cuando a pesar de la revelación uno quiere ser desesperadamente y delante de Dios sí mismo o cuando quiere ser sí mismo); **145** (es necesaria la revelación para saber lo que es pecado: paradoja, fe y dogma contra toda sabiduría pagana); 147-148 (ante el cristianismo no hay otra alternativa que la de creerlo o escandalizarse. El pecado es una posición); 149 (el pecado es una posición: su positividad consiste en que es delante de Dios); 149-150 (el cristianismo acentúa la positividad del pecado al mismo tiempo que lo elimina por la redención: paradoja.) **152-154** (un sacerdote debe ser un creyente: como un enamorado que no debe ‘demostrar’ su enamoramiento. El cristianismo no se puede ‘defender’ ni argumentar); 156-157 (el mayor pecado es el estado de pecado, no los pecados particulares); **157-158** (peligro de que la vida se

considere como un juego en el que el yo toma parte sin llegar a arriesgar el todo por el todo); **158** (los hombres que viven en la inmediatez y son infantiles, no tienen ninguna totalidad que perder); 158-159 (lo mismo ocurre al hombre diabólico: también tiene una totalidad que perder. Expresión del estado de continuidad en el pecado); 159-160 (“progresión del pecado”: el estado mismo de pecado); 161 (potenciación del pecado: desesperar por sus pecados poniéndose a buen recaudo de cualquier asechanza del bien); **161-162** (relación entre pecado y desesperación del pecado: lo primero es la ruptura con el bien, lo segundo con el arrepentimiento); 162-163 (profundización del pecado demoníaco: desespera del arrepentimiento y de la gracia); **163-165** (“no me lo perdonaré jamás”: todo menos acercarse a Dios con humildad. El peor enemigo en la caída es el orgullo, de ahí a la tristeza, y la tristeza no apunta a Dios: es egoísmo solapado y soberbia); 165-166 (Dios permite la caída del justo para que humillándose se afiance más en el bien. Peligro: “Esto Dios no podrá perdonármelo”: todo es egoísmo. El consuelo es lo que menos necesita; peligro de los directores espirituales); **168** (cuanto mayor sea la idea de Cristo, mayor será el yo humano. Cristo la medida del hombre); 168-169 (ante el ofrecimiento del perdón de Dios, la desesperación del que la rechaza es más profunda); **169-170** (la desesperación del perdón de los pecados tiene hoy una dimensión estético-metafísica. Una vez que se ha suprimido el “tú debes” en lo religioso. Hoy, lo genial y signo de una naturaleza profunda es no poder creerlo); 172 (la diferencia cualitativa entre Dios y el hombre ha quedado suplantada por una especie de panteísmo); **173-174** (la multitud es menos que el individuo. Equiparación entre Dios y Género Humano); **174-175** (la categoría del pecado es la categoría de la individualidad –no se puede pensar el individuo-, tampoco el pecador. “Piensa y llegarás a ser la humanidad entera”: convertir el hecho de pensar en el pecado es “el pecado” mismo. Pero el pecado es impensable); **175-176** (la ética nunca abstrae de la realidad individual. La seriedad del pecado es que sea yo o tú) [EE 57]; 177 (delante de Cristo no existen más que individuos); 177-178 (el ser pecador es lo que más radicalmente me diferencia de Dios. El pecado no se puede predicar de Dios); 178-179 (el escándalo dice relación al individuo. El cristianismo empieza haciendo de cada uno un individuo un pecador particular, y le dice: “tienes que creer”, i.e., escandalízate o cree); 179 (el concepto “juicio” se refiere al individuo: no se juzga a las masas. Sólo Dios es juez); **180-181** (Dios juez: ¿por qué se va a meter en líos? ¡Lo que hace la mayoría es voluntad de Dios! Esta es la sabiduría. Sólo falta que Dios se incline ante esta “verdad”: la mayoría absoluta. Pero los hombres siempre somos individuos delante de Dios: la conciencia: un informe culpable que firma él mismo pero con una tinta que sólo se leerá en la eternidad); **181** (la oposición no es entre pecado y virtud, sino entre pecado y fe); **183** (el pecado contra el Espíritu Santo es declarar el cristianismo falso); **184** (el dogma cristiano: Dios-hombre. Si se quita el escándalo, el cristianismo no sólo se torna paganismo, sino en algo fantasioso) 184-185 (en el paganismo, el hombre se hacía Dios; en el cristianismo es Dios el que se hace hombre. Cristo no puede abolir la posibilidad del escándalo: “Bienaventurado quien no se escandalice de mí”); 186-188 (Dios, es Cristo, el hombre insignificante. Pero es Dios uno con el Padre. No se escandaliza quien con fe se pone a adorar); 189 (el escándalo mayor: que Cristo es falso. El primero, la indiferencia hacia Cristo. Pero tenemos que formarnos un juicio: “tú debes”) 189-190 (el querer ‘pasar’ del hecho de Cristo: no se puede pasar: se desprecia a Dios. Escándalo negativo); 191 (escándalo positivo: se niega que Cristo haya existido o que sea Aquél que dijo ser: docetas y racionalista: que no sea un individuo, o que sólo sea un hombre. Pecado contra el Espíritu Santo).